



ISBN: 978-607-02-6379-8

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones  
sobre la Universidad y la Educación

[www.iisue.unam.mx/libros](http://www.iisue.unam.mx/libros)

---

Sebastián Garrido de Sierra (2015)  
“Masas críticas y redes sociales: una explicación  
microestructural del surgimiento de cuatro movimientos  
estudiantiles en la UNAM (1986-2000)”  
en *Movimientos estudiantiles en la historia de América  
Latina IV*,  
Renate Marsiske (coord.),  
IISUE-UNAM, México, pp. 255-307.

Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons  
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional  
(CC BY-NC-ND 4.0)

## MASAS CRÍTICAS Y REDES SOCIALES: UNA EXPLICACIÓN MICROESTRUCTURAL DEL SURGIMIENTO DE CUATRO MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES EN LA UNAM (1986-2000)

*Sebastián Garrido de Sierra*

### INTRODUCCIÓN

Poco después de que el Consejo Universitario de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) aprobara —durante la madrugada del 12 de septiembre de 1986— las 26 reformas a diversos reglamentos y ordenamientos que en muchos casos rigen la vida del alumnado, Imanol Ordorika —entonces consejero universitario estudiantil por la Facultad de Ciencias— advirtió a las autoridades universitarias que los cambios recién aprobados no tenían ni el consenso ni el respaldo de los alumnos y, más aún, que significaban un atentado contra miles de estudiantes pobres. Antes de abandonar el salón junto con buena parte de los representantes estudiantiles, Ordorika dirigió su mirada hacia el rector Jorge Carpizo y señalándolo dijo: “Nos vamos, pero volveremos y seremos miles”.

Los hechos de la década previa no parecían respaldar esta tajante declaración. Después del trágico desenlace del movimiento estudiantil de 1968, los movimientos estudiantiles de la UNAM habían estado marcados por un largo periodo de atomización y fragmentación entre sus diferentes corrientes, con un discurso radical y desvinculado de las demandas de los alumnos de la Universidad, muchas veces más preocupados por conflictos y problemáticas de movimientos obreros o campesinos que por los de la propia institución. Como resultado, el apoyo masivo que había caracterizado

las protestas estudiantiles de finales de los sesenta, desapareció durante los años setenta y principios de los ochenta.<sup>1</sup>

Lo cierto es que la historia de los siguientes seis meses terminaría por confirmar la amenaza de Ordorika. El 9 de febrero de 1987 el Consejo Estudiantil Universitario (CEU) realizó su séptima marcha multitudinaria desde su surgimiento, el 30 de octubre de 1986, convocando a más de 250 mil personas, y además se cumplía el décimo segundo día desde que esta organización estudiantil iniciara el bloqueo al acceso a las instalaciones de la UNAM. Finalmente, la combinación de estas acciones provocaría que las autoridades universitarias a cedieran a las demandas del CEU y el 10 de febrero de 1987 derogaran las reformas aprobadas en septiembre del año anterior.

El conflicto de 1986-1987 marcó el inicio de una etapa de recurrentes enfrentamientos entre las autoridades universitarias y diversos grupos estudiantiles en torno a lo que la UNAM debe ser y hacer, cimbrando a la institución en otras tres ocasiones en 1992, 1997 y 1999. En todos los casos, las pugnas entre las autoridades universitarias y los estudiantes fueron provocadas por los intentos de las autoridades universitarias por reformar los reglamentos Generales de Exámenes (RGE), Inscripciones (RGI) o Pagos (RGP), tres de las normas más importantes en la regulación de la vida de los alumnos en esta institución.

Lo llamativo es que aun cuando el motivo que generó las cuatro disputas fue similar, el *timing* con que los movimientos estudiantiles iniciaron sus acciones de protesta y el apoyo que recibieron de la comunidad estudiantil en sus primeras manifestaciones fue radicalmente diferente. Por un lado, en los conflictos estudiantiles ocurridos en 1991-1992 y 1999-2000 los estudiantes lograron articular una respuesta inmediata y numerosa ante los proyectos de reformas

1 Entrevistas con Carlos Imaz, Imanol Ordorika y Alfredo Velarde. Este diagnóstico era compartido por el propio rector Carpizo, quien al principio de su administración, en enero de 1985, declararía: "Los estudiantes son el sector más numerosos de la Universidad, pero no están organizados y tampoco tienen capacidad para levantar un movimiento. Han pasado 17 años desde el 68, y no hay una sola organización estudiantil y mucho menos líderes [...] Un movimiento y sus líderes, no nacen ni se hacen de un día para el otro", Esther Ibarra Rosales, "El Consejo Estudiantil Universitario o la fe errática de la democracia: una visión periodística", 1996, p. 9.

promovidos por Rectoría, incluso antes de que dichas propuestas fueran presentadas formalmente ante el Consejo Universitario. Por otro lado, en el conflicto de 1986-1987 las primeras protestas estudiantiles ocurrieron siete meses después de que el rector anunciara su proyecto de reformas y un mes después de que estas fueran aprobadas, y en 1997 los estudiantes apenas lograron movilizar a unos pocos miles de sus compañeros.

Ante estas sensibles diferencias, es inevitable preguntarse: ¿por qué en algunas ocasiones un grupo de activistas de diferentes corrientes estudiantiles, con experiencias y visiones diversas sobre la naturaleza de los conflictos estudiantiles en la UNAM tiene éxito para contactar a sus compañeros, convenciéndolos de la justicia de sus demandas, logrando además organizarlos y movilizarlos rápidamente, mientras que en otras este proceso toma mucho más tiempo o únicamente alcanza a movilizar unos cientos de estudiantes? Puesto en términos más generales, ¿por qué las protestas colectivas de las organizaciones estudiantiles inician cuando lo hacen y con el nivel de participación con que lo hacen?

Retomando el marco teórico que plantearon Gerald Marwell y Pamela Oliver,<sup>2</sup> en este artículo propongo que la velocidad con que un movimiento estudiantil resuelve su dilema de acción colectiva e inicia sus acciones de protesta, y la cantidad de gente que respalda estos primeros actos, dependerán de la existencia de un pequeño grupo —o *masa crítica*— de activistas estudiantiles: 1) fuertemente interesado en oponerse a las reformas y 2) con densas redes sociales que le permitan acceder a cada plantel de la UNAM para contactar, convencer y movilizar amplios sectores de la población estudiantil. Sólo así las masas críticas estudiantiles podrán llevar las acciones al punto donde los beneficios de participar sean, por lo menos, iguales a los costos de hacerlo para sus compañeros estudiantes.

Este artículo está organizado en tres secciones. En la primera reviso y discuto las explicaciones alternativas que hasta ahora se han propuesto para el estudio de los conflictos estudiantiles de la UNAM. En la segunda sección presento el cuerpo teórico que sus-

2 *The critical mass in collective action*, 1993.

tenta mi investigación, detallando cómo se aplica al caso específico de los conflictos estudiantiles en la UNAM. Por último, en la tercera sección analizo y explico detalladamente lo ocurrido al inicio de cada uno de los cuatro conflictos estudiantiles estudiados. Concluyo proponiendo algunas reflexiones en torno las implicaciones de esta investigación.

## EXPLICACIONES ALTERNATIVAS AL SURGIMIENTO DE LOS CONFLICTOS ESTUDIANTILES

Buena parte de los trabajos dedicados a la investigación de los movimientos estudiantiles en la UNAM entre 1986 y 2000 están marcados por tres características centrales. Primero, son relativamente escasos, y los que existen se concentran en los casos de 1986-1987 y el de 1999-2000, los dos movimientos más grandes y con mayor difusión de estos años. Segundo, todos, sin excepción, son estudios de un solo caso, motivo por el cual la mayor parte de estas explicaciones sufren de un problema de sesgo estadístico. Y tercero, aun cuando en la mayoría de los textos no hay una referencia explícita al marco teórico que utilizan, la literatura sobre este tema está identificada, por un lado, con los estudios que analizan el impacto que las transformaciones estructurales ocurridas en México tuvieron en el surgimiento de los movimientos sociales, y, por el otro, con aquellos que estudian cómo los cambios institucionales dentro de la UNAM y la solución del dilema de acción colectiva permitieron el surgimiento de las protestas estudiantiles. En los primeros dos apartados de esta sección revisaré las explicaciones propuestas por estos autores estructuralistas e institucionalistas, y posteriormente presentaré el cuerpo teórico que sustenta mi investigación.

### **Transformaciones estructurales y descontento social**

El argumento central de las explicaciones de corte estructuralista consiste en proponer que el surgimiento de diversos movimientos

estudiantiles en los últimos años del siglo xx es una respuesta del alumnado ante los efectos negativos generados por las reformas económicas que el gobierno federal comenzó a impulsar a partir de comienzos de la década de 1980. Al igual que en los casos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y los movimientos campesinos en América Latina,<sup>3</sup> para estos autores las protestas de los estudiantes de la UNAM han respondido a dos factores: primero, los cambios en los planes de estudio y las políticas educativas en el nivel superior producto de las transformaciones del sistema económico internacional y las presiones de organismos multilaterales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM);<sup>4</sup> segundo, la intención de las autoridades de la UNAM y del gobierno federal por transferir a los alumnos los costos del recorte presupuestal que la institución comenzó a sentir desde principios de los ochenta, y que se reflejaron a partir de 1986 en las propuestas para reducir la matrícula e incrementar las cuotas.<sup>5</sup>

Frente a la pérdida de oportunidades económicas y de derechos sociales, proponen estos autores, los estudiantes que se agruparon en torno al CEU en 1986 y al Consejo General de Huelga (CGH) en 1999 entendieron que las propuestas para modificar los mecanismos de ingreso y permanencia en el primer caso, y de aumentar las cuotas en el segundo, no era sino otra de estas políticas “neoliberales”, que, promovidas por presiones de organismos internacionales,

3 Para el EZLN véase Adolfo Gilly, *Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*, 1997; para los movimientos campesinos véase James Petras, *Neoliberalismo en América Latina. La izquierda devuelve el golpe*, 1997.

4 Para María Luisa Ceja, “El movimiento estudiantil en la UNAM (1986-1987): o de cómo ganamos y perdimos el Congreso”, 1989, pp. 12-22, “el movimiento ceuista que surgió abruptamente [en 1986] como movimiento defensivo contra la reforma en la UNAM [se oponía] a la imperiosa necesidad del Estado mexicano por «modernizar» la educación superior, adecuándola a las exigencias de reestructuración económica mundial”, cuya racionalidad era restringir “el acceso a la enseñanza universitaria a sectores provenientes de clases medias bajas y de familias de trabajadores calificados que habían logrado esa conquista en las décadas previas de expansión económica”.

5 María Luisa Ceja, *op. cit.*; Luis Javier Garrido, “El movimiento estudiantil de 1999-2000 en la UNAM”, 2000; Pablo González Casanova, *La Universidad necesaria en el siglo XXI*, 2001; Enrique Rajchenberg y Carlos Fazio, “Prólogo”, 2000; Adrián Sotelo Valencia, *Neoliberalismo y educación. La huelga en la UNAM a finales de siglo*, 2000.

intentaban privatizar la universidad más grande de América Latina, afectando a los sectores más pobres de nuestro país.<sup>6</sup>

Aunque es innegable que este argumento acierta en señalar la coincidencia temporal entre la crisis económica de 1982, el inicio de una serie de reformas estructurales nacionales y dentro de las propias instituciones de educación superior, con el ciclo de quince años de protestas estudiantiles intermitentes dentro de la UNAM, tiene dos problemas significativos. El primero es que si bien esta propuesta pretende explicar el surgimiento de un par de movimientos estudiantiles en la UNAM, no acierta a responder por qué los dos movimientos ocurren en el momento en que lo hacen y en el lugar que lo hacen. Dicho de otra forma, esta propuesta ofrece una respuesta a por qué surgió un movimiento estudiantil estructurado y masivo en 1986-1987 y 1999-2000 dentro de la UNAM, pero falla en responder por qué no surgió en algún otro periodo de reformas institucionales —como 1997— o en alguna otra institución educativa nacional que haya pasado por un proceso de modificaciones similares.

Aún más, algunos datos mínimos no parecen corroborar la veracidad de esta explicación para otras instituciones. Por ejemplo, poco después que el Consejo Universitario de la UNAM aprobara las 26 reformas a diversas normas internas el 11 y 12 de septiembre de 1986, la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) y el Instituto Politécnico Nacional (IPN) —dos importantes universidades ubicadas en la ciudad de México— aplicaron programas de reestructuración similares. Sin embargo en ninguna de ellas hubo una respuesta tan bien organizada y con tanto apoyo como en la UNAM.<sup>7</sup>

Asimismo, la mayoría de las universidades públicas de México han cobrado cuotas semestrales o anuales por más de dos décadas, renovándolas sistemáticamente sin grandes protestas del alumnado. Sólo por mencionar algunos datos, las cuotas semestrales que en 1999 se pagaban en la Universidad Autónoma de Hidalgo (UAH), la

6 María Luisa Ceja, *op. cit.*; Ana Esther Ceceña, "Para una arqueología de los nuevos movimientos sociales", 2000; Luis Javier Garrido, *op. cit.*; Pablo González Casanova, *op. cit.*; Enrique Rajchenberg y Carlos Fazio, *op. cit.*; Adrián Sotelo Valencia, *op. cit.*; Sergio Zermeño, "La universidad de todos", 2000.

7 María Luisa Ceja, *op. cit.*, pp. 12-13 y 23-26.

Universidad Autónoma de Chiapas (UACH), la Universidad Autónoma de Benito Juárez de Oaxaca (UABJO) y la Universidad Autónoma de Guerrero (UAG) eran respectivamente 600, 262 a 572, 90 a 500 y 25 a 35 pesos contra los veinte centavos que se han pagado en la UNAM desde 1966.<sup>8</sup> Lo interesante es que aun cuando todas estas universidades públicas pertenecen a cuatro de los estados más pobres, en ninguna de ellas surgió un movimiento estudiantil similar al CEU de 1992 o el CGH de 1999. De esta forma, en un contexto en el que podríamos asumir habría un mayor malestar hacia las políticas educativas “neoliberales” de los últimos 20 años, no se cumple la hipótesis que estos autores proponen.

Incluso si limitamos el análisis a la UNAM, los contrastes en el activismo de los alumnos de cada uno de sus planteles es significativo. Considerando que todos enfrentan las mismas reformas a los reglamentos generales, ¿por qué los estudiantes de las facultades de Ciencias, Ciencias Políticas y Sociales, Economía, Filosofía y Letras, la Escuela Nacional de Trabajo Social, junto con los cinco planteles del Colegio de Ciencias y Humanidades, han sido mucho más activos desde el principio en los diferentes conflictos de esta época, y movilizaron a los mayores contingentes en las marchas, mientras que los alumnos del resto de los planteles tardan mucho más tiempo en incorporarse a las protestas, y sus contingentes suelen ser numéricamente menores?

El segundo problema con el planteamiento estructuralista es que asume que los efectos negativos que los cambios estructurales de los últimos veinte años han generado en diferentes sectores de la sociedad mexicana, provocaron, por si solos, la formación de agrupaciones estudiantiles que no están dispuestas a perder ciertos derechos o privilegios. Incluso si aceptáramos como cierto el que las transformaciones estructurales fueron el motivo del descontento del alumnado de la UNAM, el problema medular de este planteamiento radica en asumir que el hecho de que un grupo de individuos compartan un interés por cierto bien es suficiente para que éstos actúen de forma conjunta para conseguirlo.

8 José Manuel del Río Zolezzi, “El financiamiento de las universidades públicas en México”, 1999.



Sin embargo, como propuso Mancur Olson en *The logic of collective action*,<sup>9</sup> la premisa recién expuesta no se cumple para la mayoría de los casos. Si bien es cierto que un grupo de estudiantes puede compartir el enojo en contra de las políticas que las autoridades intentan impulsar, también es cierto que cada alumno tiene intereses y prioridades particulares que no necesariamente coinciden con las del grupo. Por lo tanto, aunque la no aprobación o suspensión de la reforma a un reglamento general significara un beneficio para todos los estudiantes que comparten un interés en este sentido, la obtención de este logro implicaría también que cada individuo tuviera que pagar costos individuales al ir a las marchas, participar en la recolección de recursos o en difundir su postura en los diferentes planteles de la institución.

Dado que las organizaciones estudiantiles persiguen objetivos que, una vez obtenidos sus beneficios, no pueden ser limitados únicamente a los estudiantes que participaron en las acciones para obtenerlos, Olson propone que el razonamiento de cada alumno involucrado preferiría obtener la suspensión de una reforma a un reglamento general sin tener que participar en las labores de brigadeo, difusión, convencimiento y movilización para conseguirlo. El problema es que, si todos los estudiantes que comparten una preocupación por evitar que las políticas de las autoridades se aprueben actúan de la misma manera, ninguno participará en las acciones para conseguirlo y las reformas se concretarán.<sup>10</sup>

En resumen, las propuestas estructuralistas que analizan el surgimiento del CEU de 1986-1987 y el CGH de 1999-2000 no especifican los mecanismos causales que explican cómo es que las personas que compartían una misma causa resolvieron el problema de acción colectiva que enfrentaban, formando movimientos estudiantiles que realizaron numerosas propuestas masivas y paralizaron la UNAM.<sup>11</sup>

9 *The logic of collective action. Public goods and the theory of groups*, 1965.

10 *Idem*.

11 Peter Hedström y Richard Swedberg, *Social mechanisms. an analytical approach to social theory*, 1998, p. 7.

## Instituciones y acción colectiva

A partir del estudio del conflicto de 1986-1987, Jorge Bravo<sup>12</sup> presenta una propuesta alternativa para analizar el surgimiento y desarrollo de los movimientos estudiantiles en la UNAM. Este autor trata de entender cuáles fueron los motivos que dieron origen al malestar estudiantil y cómo fue que los estudiantes lograron expresarlo colectivamente

Utilizando los fundamentos teóricos del nuevo institucionalismo,<sup>13</sup> Bravo propone que el malestar que las 26 reformas aprobadas el 11 y 12 de septiembre de 1986 generaron en el sector estudiantil se debió a la transformación de la estructura de incentivos de los alumnos de la UNAM, ya que estos cambios generaron costos privados, inmediatos y seguros, mientras que los beneficios que buscaban serían públicos y tardarían tiempo en llegar. De ahí que en términos generales los costos excedieran a los beneficios y que surgiera un descontento generalizado.<sup>14</sup>

Una vez explicado cuál fue el motivo del descontento entre los estudiantes, el siguiente paso es dilucidar cómo lograron que esta oposición latente trascendiera el problema de acción colectiva antes revisado. En este punto Bravo parte del supuesto de que los intereses y motivaciones de la base estudiantil y los líderes son diferentes, y plantea que la participación de grandes contingentes de alumnos en las acciones colectivas del CEU se explica gracias a que antes que ser un costo, dicha participación se convirtió en un beneficio. La lógica detrás de este argumento es que las asambleas, marchas y plantones, los conciertos y actividades culturales paralelas, el conocer perso-

12 "El pase automático en la UNAM y la lógica del movimiento estudiantil de 1986-1987", 1997.

13 Desde mi perspectiva, la idea central que Jorge Bravo, *ibid.*, pp. 11 y 19-24, retoma de esta escuela es que las instituciones "constituyen *la estructura de incentivos* [énfasis del autor] que da forma al intercambio humano, sea político, social o económico", permitiendo así la solución de problemas de acción colectiva, pero que al mismo tiempo genera inconformidades por sus efectos distributivos al asignar recursos y oportunidades de manera desigual.

14 Para un estudio detallado de cómo las reformas a los Reglamentos Generales de Exámenes, Inscripciones Estudios de Posgrado y al Estatuto del Personal Académico transformaron la estructura costos y beneficios entre el sector estudiantil y el profesorado, véase *ibid.*, pp. 88-94 y 93-95.

nas, así como la sensación de solidaridad y de estar participando en un movimiento que transformaba la UNAM, hacían de la participación en el CEU un beneficio antes que un costo.<sup>15</sup>

Para los líderes estudiantiles —aquellos que iniciaron las acciones en contra de las reformas, y que después proveerían los beneficios que facilitaron la incorporación de grandes sectores estudiantiles a las acciones colectivas— Bravo propone que además de buscar el bien colectivo que a todos los involucrados beneficiaría por igual, los dirigentes perseguían también los beneficios individuales que el ser líderes les otorgaría, mismos que eran privados, significativamente mayores a los del resto de los estudiantes y se obtendrían antes.<sup>16</sup> Entonces, aunque los costos iniciales fueran altos y las probabilidades de éxito bajas, de conseguir que la acción colectiva se llevara a cabo, los beneficios en el largo plazo serían mucho mayores que costos y riesgos iniciales.<sup>17</sup>

El planteamiento de Bravo tiene tres problemas importantes. El primero radica en que al únicamente basarse en el cálculo de los costos y beneficios que las reformas institucionales de 1986 generaron en los estudiantes, Bravo deja de lado las percepciones que los estudiantes tenían o construyeron respecto de los cambios en los reglamentos generales como de los costos que estas modificaciones generarían. Si el argumento es que los movimientos estudiantiles nacen cuando las reformas institucionales provocan un cambio en

15 Para Jorge Bravo, *ibid.*, pp. 107-111, esto se comprobó por la dificultad que la cúpula del CEU enfrentó para terminar la huelga, pues aun cuando las demandas del movimiento fueron conseguidas en su totalidad, las bases no querían dejar de disfrutar los beneficios de participación recién descritos. Pero lo cierto es que las dificultades para levantar la huelga en aquel entonces no se debieron a que las bases se rehusaran a perder el beneficio que la huelga significaba para ellos, sino a una lucha interna entre facciones con estrategias y proyectos diferentes dentro del CEU.

16 *Ibid.*, pp. 14-19. Alguno de los beneficios ejemplificados por el autor son el “acceso a los principales funcionarios de la UNAM, así como a la prensa escrita”, *ibid.* p. 118.

17 Para reforzar este argumento, Jorge Bravo, *ibid.*, pp. 115-120, menciona que los líderes estudiantiles del CEU habían estado involucrados en el activismo estudiantil por lo menos desde diez años antes, esperando la oportunidad para organizar un movimiento de grandes proporciones. Según el autor, “esto explica el que, desde 1985, un grupo de estudiantes desplegara diversas manifestaciones de oposición ante la gestión del Rector Carpizo: estaban a la búsqueda de una oportunidad política para organizar una acción colectiva estudiantil”, p. 120.

la estructura de incentivos de los estudiantes, ¿por qué no surge un movimiento masivo para oponerse a las reformas del RGE y RGI que en 1997 restringieron el pase reglamentado,<sup>18</sup> principal causa de oposición del CEU de 1986-1987? Si bien es cierto que las primeras reformas implicaban menores modificaciones institucionales y afectaban a un sector más reducido de la población estudiantil, el impacto sobre la estructura de incentivos de los bachilleres era igual, por lo menos respecto del pase reglamentado.

De la misma forma, ¿cómo explicar con un cálculo costos-beneficios que si la reforma al RGP de 1992 era casi idéntica a las 1999 el número de estudiantes movilizados fuera mucho menor en el primer año que en el segundo? ¿Cómo explicar que si las reformas de 1992 y 1999 fueron pensadas para que no se aplicaran a los estudiantes ya inscritos, en ambas la respuesta organizada haya sido de éstos?

El segundo problema radica en tratar de explicar la solución del dilema de acción colectiva, tanto para los líderes como para las bases estudiantiles, proponiendo que la participación representaba un beneficio sin costo alguno. Planteado en términos generales, esto equivale a decir que el problema de acción colectiva que enfrenta un conjunto de individuos con intereses similares siempre podrá ser resuelto si existe un pequeño grupo de activistas que esté dispuesto a pagar los costos iniciales y pueda organizar acciones colectivas que, dada su naturaleza, siempre representen un beneficio antes que un costo para las bases.

Pero si esto es así, ¿por qué en 1997 el movimiento estudiantil que se oponía a la reforma al RGI no logró crecer lo suficiente, ni involucrar a grandes sectores de estudiantes de licenciatura que le permitieran llevar a cabo una huelga general, si había líderes con perspectivas e intereses similares a los de 1986-1987? ¿Cómo fue que el mismo factor explicativo genere diferentes resultados? Más aún, ¿para qué esforzarse en explicar cómo una organización resolvió el

18 El pase reglamentado, vigente desde 1969 en la UNAM, garantiza que todos los estudiantes de nivel bachillerato, sin importar sus méritos académicos, tengan acceso directo al nivel universitario dentro de la propia UNAM.

dilema de acción colectiva que enfrentaba, si en realidad no había tal dilema pues la participación significaba un beneficio para las bases en todo momento? ¿Dónde está el dilema entonces?

El punto aquí no es negar que los individuos siempre participan en acciones colectivas para recibir un beneficio, sea del tipo que sea, sino recalcar que es equivocado argumentar que para el caso del CEU en 1986-1987 —como para el de cualquier otro movimiento estudiantil— esta colaboración estuvo exenta de costos, y que gracias a lo cual la organización resolvió su dilema de acción colectiva. Dicho de otra forma, Bravo no explica cómo el CEU resolvió el dilema de acción colectiva que enfrentaba sino que aporta una explicación muy parecida a la de los autores de la primera corriente revisada: los estudiantes actuaron colectivamente en contra de ciertas reformas dentro de la UNAM porque les interesaba y porque encontraban un beneficio en esto, sin preocuparse en analizar las dificultades organizativas que pudieron haber enfrentado, o contemplar que las diferencias entre preferencias y oportunidades que, como Jon Elster propone, son fundamentales.<sup>19</sup>

Irónicamente, aun cuando los estudios estructuralistas revisados en la primera sección parten de principios epistemológicos completamente diferentes a los del trabajo de Bravo, ambas propuestas cometen el error de suponer que el interés compartido por un bien colectivo y la voluntad de un conjunto de individuos para obtenerlo serán suficientes para que estos actúen conjuntamente, sin contemplar, como ya mencioné, que las diferencias entre preferencias y oportunidades son cruciales.<sup>20</sup>

Más allá de las críticas que se puedan hacer a los planteamientos estructuralistas e institucionalistas recién descritos, es importante señalar que la explicación del inicio de las protestas masivas de los movimientos estudiantiles en la UNAM que se propone en este artículo parte de una diferencia conceptual importante: intentar explorar cuáles son las condiciones microestructurales<sup>21</sup> que favorecen la so-

19 *Tuercas y tornillos*, 1996, p. 27.

20 *Ibid.*, p. 27.

21 A diferencia de los planteamientos estructuralistas —para los cuales las variables explicativas

lución de lo que Mancur Olson<sup>22</sup> llamara hace casi 40 años el dilema de la acción colectiva, no las razones que pudieron haber tenido los estudiantes para actuar en contra de las reformas a alguno de los tres reglamentos generales. Vale la pena señalar esta diferencia por dos motivos. El primero es establecer que este trabajo toma como un dato dado el que todos los movimientos estudiantiles de la UNAM han tenido motivos para oponerse a las diferentes reformas, sin preguntarse cuáles son para cada uno. El segundo es que al establecer esta diferencia implícitamente estoy aceptando que la existencia de cierto tipo de preferencias no es suficiente para explicar el inicio de las acciones colectivas de una agrupación; hace falta entender también las oportunidades que enfrentará cada organización para explicar el resultado final.<sup>23</sup>

#### UNA EXPLICACIÓN MICROESTRUCTURAL DEL SURGIMIENTO DE LOS MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES EN LA UNAM

A diferencia de lo que los autores más tradicionales de la escuela de acción colectiva han propuesto, Gerald Marwell y Pamela Oliver<sup>24</sup> plantean que la pregunta central en el análisis de toda acción colectiva no debe ser si ésta es racional o no,<sup>25</sup> sino cuándo ésta es racional. Dicho de otra forma, la preocupación principal de todo estudio en este campo se debe centrar en explicar bajo qué circunstancias estructurales los individuos encuentran que el beneficio de participar excede sus costos personales.

---

se encuentran en las estructuras económicas, sociales y políticas de un país— el análisis microestructural que propongo —retomado de las ideas de Gerald Marwell y Pamela Oliver— para estudiar el inicio de las protestas masivas estudiantiles, identifica los factores explicativos de este proceso en las condiciones en que se encuentran diversos elementos estructurales de la comunidad estudiantil de la UNAM antes de que comiencen las protestas. Gerald Marwell y Pamela Oliver, *The critical mass in collective action. A Micro-social theory*, 1993, p. 9.

22 *Op. cit.*

23 Jon Elster, *op. cit.*, 1996.

24 *Op. cit.*

25 Mancur Olson, *op. cit.*

En contraposición con las hipótesis más comunes en este campo, estos autores asumen que “en la mayoría de las ocasiones la acción colectiva es producida por un conjunto relativamente pequeño de individuos altamente interesados y con recursos, antes que por los esfuerzos de miembro «promedio» de un grupo”; por eso su objetivo central es “delinear las condiciones estructurales bajo las cuales dicha masa crítica de individuos y recursos será acumulada y dirigida a obtener un objetivo colectivo”.<sup>26</sup> Estas condiciones están determinadas por tres conjuntos de variables: 1) las características del grupo; 2) las características del bien colectivo, y 3) las redes sociales.

### Las características del grupo

Este primer conjunto de variables está formado tanto por las características de los individuos que conforman un grupo como por las del grupo en sí. Marwell y Oliver proponen que los individuos involucrados en cualquier acción colectiva están definidos por sus intereses y recursos,<sup>27</sup> las dos variables explicativas más importantes del modelo. La distribución de estos dos elementos dentro de un grupo<sup>28</sup> determinará qué porcentaje de la población del mismo estará interesada y tiene los recursos necesarios para llevar a cabo la acción colectiva.

Mientras mayor sea el porcentaje de individuos altamente interesados y con recursos en un grupo determinado, es más probable que la acción colectiva se concrete. Pero aun cuando los intereses y recursos estén distribuidos de forma desigual, la acción colectiva podrá llevarse a cabo cuando la heterogeneidad de dichas distribuciones permita que un pequeño grupo de personas muy interesado

26 Gerald Marwell y Pamela Oliver, *op. cit.*, p. 2.

27 Los intereses se definen como el valor que tiene para una persona un incremento estándar en el monto de un bien colectivo proveído, *ibid.*, p. 16. El nivel de recursos individuales se define como la cantidad de recursos discrecionales (como tiempo o dinero) que dicho individuo puede proveer para obtener un bien colectivo, *ibid.*, pp. 16-17.

28 Entendido como un agregado de todos los individuos que tienen interés positivo en cierto bien colectivo.

tenga al mismo tiempo los recursos suficientes para actuar. En otras palabras los grandes contribuidores —aquellos altamente interesados y con muchos recursos— jugarán un papel especialmente importante en la acción colectiva.

Para los fines de este artículo, asumiré como un supuesto dado que la distribución de los intereses y los recursos de la población estudiantil en cada conflicto estudiado es heterogénea, sin especificar la forma de dicha distribución. De esta forma, asumo que algunos estudiantes preferirán que la política pública en disputa tenga las características que el movimiento estudiantil propone; otros preferirán la propuesta de Rectoría, y algunos más estarán en medio de estas dos posiciones.

Ahora bien, ocupándonos de las características del grupo, el principal aspecto por considerar es el impacto que tiene el tamaño del mismo en las posibilidades de que la acción colectiva se realice. Nuevamente, estos autores no comparten la hipótesis de Olson respecto de que el tamaño del grupo tiene un efecto negativo en la realización de la acción colectiva.<sup>29</sup> Y esto no se debe a que no encuentren relación alguna entre una y otra variable sino a que el vínculo entre ellas es mucho más complejo que lo que Olson pensaba. Para entenderlo, hace falta revisar las características de los bienes.

## Las características de los bienes

De acuerdo con Marwell y Oliver, el efecto que juega el tamaño del grupo en las posibilidades de iniciar sus acciones colectivas está mediado por el tipo de función de oferta que tenga el bien colectivo en cuestión, con lo que se divide así a los bienes en dos grandes categorías. En la primera se encuentran todos aquellos bienes en los que los beneficios individuales potenciales disminuirán conforme el tamaño del grupo aumente, pues habrá más personas entre las cuales repartirlo. Este tipo de bienes tienen una función de oferta exclu-

29 Mancur Olson, *op. cit.*



yente o con cero *jointness*.<sup>30</sup> En la segunda categoría están los bienes —Marwell y Oliver proponen que son la mayoría— en los que el beneficio individual potencial por participar en la acción colectiva para obtenerlos es igual para todas las personas involucradas, sin importar el número. En este caso, se dice que los bienes colectivos tienen una función de oferta no excluyente o *jointness*.<sup>31</sup>

A partir de esta diferenciación, Marwell y Oliver argumentan que el siguiente paso para entender el efecto que tendrán las funciones de oferta excluyentes o no excluyentes sobre la consecución del bien que se busca obtener, es analizar cómo es que el tamaño del grupo afectará la relación entre la contribución total de todos los miembros del grupo, y el valor percibido por cualquiera de los individuos participantes. En los bienes con una función de oferta cero *jointness*, el tamaño del grupo tendrá un efecto negativo en la acción colectiva, ya que mientras más personas involucradas haya, menor será el retorno marginal que cada una reciba y los costos de participar serán los mismos. Si el grupo crece desmedidamente, se llegará a una situación donde los costos superarán a los beneficios, por lo que los individuos no estarán interesados en participar en la acción colectiva.

Pero en los bienes con una función de oferta *jointness*, el tamaño del grupo tendrá un efecto positivo en la realización de la acción colectiva y la obtención del bien. Esto se debe a que el valor del bien es igual para todos los individuos que contribuyen en la acción colectiva, independiente del número de participantes que lo disfruten, por lo que el nivel del bien colectivo obtenido sólo dependerá de la cantidad de recursos contribuidos. Entonces, como las funciones de oferta *jointness* hacen irrelevante el tamaño del grupo para los beneficios de cada individuo, el tamaño del grupo repercutirá positivamente en las contribuciones totales de recursos para la realización de la acción colectiva. Mientras más personas estén involucradas en el grupo existirán más recursos potenciales para llevar a cabo

30 Este término se refiere a que el consumo del bien por un individuo no disminuye el nivel de consumo de dicho bien para ningún otro miembro del grupo.

31 Gerald Marwell y Pamela Oliver, *op. cit.*

las protestas. Asimismo, y retomando lo expuesto en el apartado dedicado a las características del grupo, mientras más heterogénea y desviada positivamente sea la distribución de los intereses y los recursos de la población, es más probable que el tamaño del grupo tenga un efecto positivo en la obtención del bien colectivo.<sup>32</sup>

Vale la pena hacer un paréntesis para enfatizar, nuevamente, que lo que importa para resolver un problema de acción colectiva no son los patrones de relación entre los intereses, los recursos y el tipo de bien de todo el grupo, sino los de la masa crítica. Es decir, si se dan las condiciones recién planteadas, será más fácil y barato organizar una acción colectiva que involucre a un pequeño grupo dentro de uno grande, que uno grande dentro de uno chico. Es por esto que la solución del dilema de acción colectiva no radica en movilizar a cada persona que se beneficiaría de dicho bien colectivo o cada persona que pueda estar interesada en ser movilizada, sino en la existencia de algún mecanismo social que vincule y relacione al suficiente número de personas que tengan los recursos e intereses apropiados para que puedan actuar. Entonces el problema para los grupos no es su tamaño por sí solo, sino la distribución de los recursos e intereses, las características del bien y el tipo de vínculos sociales que tenga. Lo que cuenta para una movilización exitosa es que existan suficientes personas que estén dispuestas a participar y que puedan ser contactadas e involucradas a través de las redes sociales del grupo.<sup>33</sup>

Ahora bien, otro de los factores relevantes para entender las probabilidades de que se realice la acción colectiva es la función de producción del bien colectivo en cuestión. A diferencia de Mancur Olson,<sup>34</sup> Marwell y Oliver<sup>35</sup> no creen que los bienes colectivos sean intercambiables entre sí y que su análisis pueda ser generalizable; en su lugar sugieren que la forma en que cada uno se produzca afectará en gran medida la capacidad de proveerlo. Entre otros motivos, esto

32 *Idem.*

33 *Idem.*

34 *Op. cit.*

35 De acuerdo con los autores en *idem*, la naturaleza de la función de producción es el determinante más importante del resultado potencial de la acción colectiva. Por esto, el análisis de Olson no puede generalizarse a todos los grupos y todos los bienes.

se debe a que la función de producción de cada bien colectivo especifica tanto la relación entre los costos pagados por cada individuo al participar en la acción colectiva y los beneficios que de ella recibe, así como la relación entre volumen total de recursos contribuidos en la acción colectiva y la cantidad del bien colectivo que es provisto para dicho nivel de contribución. Así, cualquier discusión sobre la acción colectiva de un grupo debe referirse a funciones de producción lineales, escalonadas, con rendimientos marginales decrecientes, con rendimientos marginales crecientes o funciones de tercer grado que combinen las dos últimas. Para los fines de este artículo, únicamente me ocuparé de los tres últimos casos.

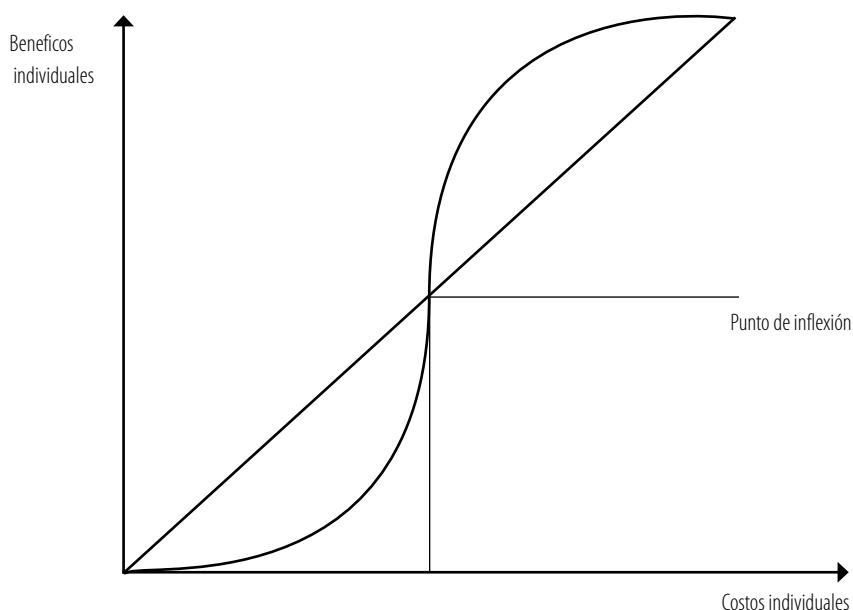
Las funciones con rendimientos marginales decrecientes (RMD) son aquellas en donde los beneficios obtenidos por cada gasto adicional será cada vez menor. Por lo tanto, en este tipo de funciones existe una relación negativa entre los beneficios individuales obtenidos por participar en la acción colectiva y el incremento de individuos que participen en la misma. Por su parte, en las funciones con rendimientos marginales crecientes (RMC) la inversión de nuevos recursos incrementará los beneficios obtenidos, propiciando así una relación positiva entre los beneficios obtenidos y el número de individuos involucrados. Finalmente, las funciones de tercer orden son una combinación de las dos funciones recién descritas. Como el esquema 1 muestra, la parte inicial es similar a una función acelerada. Los retornos son bajos en un principio, por lo que los individuos no invierten sus recursos a menos que tengan los suficientes como para pasar el punto de inflexión y llegar a la parte desacelerada de la función, donde las ganancias son netas.

Una de las pocas maneras de llegar al punto donde los beneficios de participar en la acción colectiva son mayores que los costos, radica en que un pequeño grupo o masa crítica —con altos intereses y recursos— esté dispuesta a cubrir los elevados costos iniciales, aun cuando en un principio incurra en pérdidas. Como antes vimos, la existencia de esta masa crítica será más probable cuando la heterogeneidad en la distribución de los intereses y recursos permita que un conjunto reducido de personas tenga ambas variables en grandes proporciones, cuando la función de oferta del bien sea no

excluyente y cuando el grupo sea grande. Ahora bien, una vez que se haya pasado el punto de inflexión, la heterogeneidad facilitará que los individuos con mayores contribuciones potenciales encuentren más atractivo contribuir, generando un ciclo virtuoso en el que las contribuciones iniciales aumenten el interés para contribuciones subsiguientes. Este concepto es definido por Marwell y Oliver como interdependencia creciente.<sup>36</sup>

#### ESQUEMA 1

Función de producción de tercer orden



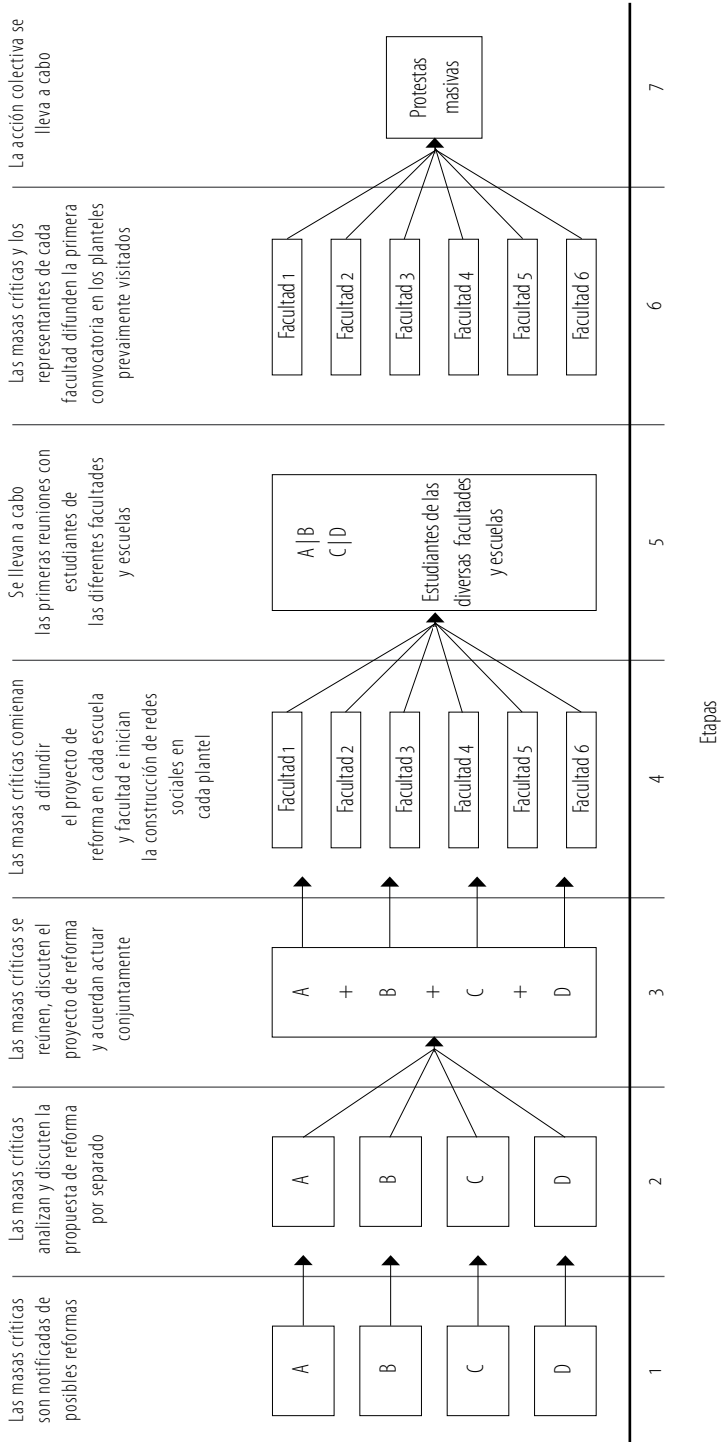
## Las redes sociales

Una vez definidos cuáles son los elementos estructurales que favorecerán la existencia de una masa crítica y las posibilidades de que ésta cubra los costos iniciales de las acciones colectivas que quiere impulsar, el siguiente paso es explicar cómo es que este grupo de

36 *Idem.*

## ESQUEMA 2

¿Cómo se resuelve el dilema de acción colectiva en la UNAM?



activistas altamente interesados y con recursos, logran contactar y movilizar a grandes sectores de la población una vez que llegan al punto en la función de producción donde los costos individuales son iguales a los beneficios de participar.

Para responder esta pregunta, y explicar así cómo puede ser coordinado el problema de acción colectiva, Marwell y Oliver proponen el estudio de las diferentes características que las redes sociales de una organización tienen, analizando entonces cómo es que su estructura promoverá o dificultará las posibilidades de movilización planificadas por el organizador. Estas estructuras estarán marcadas por una compleja red de lazos sociales que diferencian la relación entre los miembros, facilitando y posibilitando interactuar con ciertos sectores e imposibilitándolo con otros de manera creciente.<sup>37</sup>

Es comúnmente aceptado que los vínculos o lazos sociales son fundamentales para explicar la acción colectiva, dado que facilitan el reclutamiento de nuevos miembros y la movilización de grandes contingentes. Aquí la variable dependiente es la cantidad de recursos contribuidos para la acción colectiva, ya sean económicos o capital humano, mientras que la variable independiente es la densidad de las redes, entendida como el número de vínculos sociales que una masa crítica tiene con diferentes sectores de la población u otras organizaciones. Mientras más grande sea la cantidad de interconexiones sociales en una comunidad, más sólida será la base para la interdependencia de los individuos, y por lo tanto más probable es que se sumen a las acciones colectivas.<sup>38</sup>

### **Masas críticas y redes sociales en la UNAM: aplicación práctica del modelo teórico**

Partiendo del modelo teórico arriba descrito, a continuación se presenta un esquema con las siete etapas del proceso que deben recorrer los grupos de activistas estudiantiles de la UNAM para resolver el

37 *Ibid.*, pp. 101-141.

38 *Ibid.*, p. 104.

dilema de acción colectiva e iniciar sus acciones de protesta (véase el esquema 2).

1. Primero, la o las masas críticas de estudiantes existentes en la UNAM son notificadas de que el rector propondrá la reforma de uno o más reglamentos generales que los rigen.
2. Segundo, cada una de estas masas críticas comienza a reunirse y discutir el proyecto de reforma, analizando su contenido y trazando una estrategia de difusión del mismo entre la comunidad estudiantil.
3. Tercero, las diferentes masas críticas se reúnen y acuerdan actuar conjuntamente para impedir la reforma o intentar derogarla, marcando un plan de acción que generalmente consiste de dos partes: a) difusión de las reformas y los efectos negativos que tendrán sobre los estudiantes y b) convocatoria a participar en las protestas masivas que organicen las masas críticas.
4. Cuarto, los miembros de las masas críticas, pero sobre todo sus redes de activistas, comienzan la difusión de la reforma propuesta por el rector entre los estudiantes de cada plantel, enfatizando los costos que ésta generará entre los alumnos. Si no hay redes sociales preestablecidas en las escuelas y facultades que visitan, las masas críticas aprovechan para establecer los primeros contactos e incluso nombrar los primeros representantes locales.
5. Quinto, se realizan las primeras asambleas con miembros, no necesariamente representantes electos, de cada plantel.
6. Sexto, se da la primera convocatoria a las comunidades de los diferentes planteles previamente visitados, a través de los respectivos representantes o activistas locales, para participar en las protestas masivas convocadas por las masas críticas.
7. Y séptimo, se realiza la primera protesta masiva con diversos niveles de participación.

## ESTUDIO COMPARADO DE LA SOLUCIÓN DEL DILEMA DE ACCIÓN COLECTIVA Y EL SURGIMIENTO DE MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES EN LA UNAM

### El conflicto de 1986-1987

Uno de los rasgos que más llaman la atención al comparar el inicio de las acciones colectivas del CEU de 1986-1987 con otros casos, es el momento relativamente tardío en que lo hace. Considerando que la presentación de *Fortaleza y debilidad de la UNAM* fue hecha por el rector Jorge Carpizo el 12 de abril de 1986, las masas críticas que después formarían el CEU tardaron poco más de siete meses en realizar su primera protesta masiva para oponerse a las reformas.

El primer elemento para explicar este lento comienzo radica en la situación en que se encontraban las masas críticas estudiantiles dentro de la UNAM en ese entonces. Producto de las experiencias de los últimos años, el movimiento estudiantil estaba concentrado en los cinco planteles del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) y las facultades de Ciencias, Economía, Filosofía y Letras, y Ciencias Políticas, y eran organizaciones muy ideologizadas, con una fuerte fragmentación interna, generalmente con una preocupación mayor por conflictos y problemáticas externas a la UNAM que por los de la propia institución.<sup>39</sup>

Pero además de desvincular a los grupos de activistas entre sí, las circunstancias recién descritas afectaron las características de sus redes sociales de dos formas. Primero, y como Carlos Imaz relata, los activistas de principios de los ochenta tenían “un discurso muy vanguardista, separados realmente de la base social”, por lo que las demandas y el tipo de movimiento que hasta entonces habían tratado de estructurar provocaron un distanciamiento entre estos

39 Entrevistas con Carlos Imaz, Imanol Ordorika y Alfredo Velarde. Las dos experiencias previas con mayor respaldo estudiantil durante estos años fueron los movimientos estudiantiles organizados en contra de la instauración de los “Índices de escolaridad y velocidad” que el rector Octavio Rivero Serrano trató de instaurar en la UNAM a principios de los años ochenta, y para detener el proyecto de reforma al Estatuto General que, como abogado general, Jorge Carpizo quiso impulsar en esta misma época (entrevista con Carlos Imaz).



pequeños grupos de dirigentes y la base estudiantil de la UNAM.<sup>40</sup> Y segundo, la fragmentación en el movimiento estudiantil de finales de los años setenta y principios de los ochenta produjo además que las redes sociales de cada masa crítica estuvieran desligadas, organizativamente,<sup>41</sup> de las redes de las otras masas críticas, reduciendo la densidad total de éstas, y consecuentemente el potencial para la difusión inmediata y coordinada de las medidas que el rector intentaba impulsar entre la comunidad estudiantil, para después convocar a su movilización.

De esta forma, las características que las diferentes corrientes de activistas y sus redes sociales tenían antes de que iniciara este conflicto, provocaron que entre la presentación de *Fortaleza y debilidad*, el 16 de abril de 1986, y la aprobación de las 26 reformas el 11 y 12 de septiembre de este mismo año, las acciones de protesta fueran aisladas, descoordinadas y con poca participación. A lo largo de estos meses intermedios la mayoría de los consejeros universitarios estudiantes presentaron un par de documentos de oposición al diagnóstico del rector,<sup>42</sup> y por otro, la realización de una discusión relativamente espontánea —y que ciertamente no era producto del plan de acción específico de una masa crítica— entre diversos sectores de la comunidad estudiantil sobre el diagnóstico del rector durante las semanas que siguieron a su presentación.<sup>43</sup>

Además, la posibilidad de revertir esta desvinculación en el corto plazo se vio impedida por un factor que tendría un efecto similar en el conflicto de 1997. Poco después de que Carpizo presentara su

40 Era “un movimiento estudiantil muy golpeado, muy fragmentado, los grupos organizados estudiantiles muy ideologizados, con un discurso muy vanguardista, separados realmente de la base social. Eran discursos de una especie de... autocomplacientes, más que otra cosa, como ir a rezar a tu capillita [...] casi metido en un rollo de religiosidad ideológica, que eso se rompe muy fuerte con el CEU” (entrevista con Carlos Imaz).

41 Esta desvinculación organizativa no necesariamente implica que los miembros de cada red fueran desconocidos entre sí, sino que más bien actuaban de forma no coordinada, siguiendo objetivos diferentes.

42 Uno el 22 de mayo, por consejeros universitarios y técnicos estudiantes, y el otro el 20 de agosto, leído por 18 consejeros universitarios estudiantes de diferentes escuelas y facultades. René Rivas O. y Hugo Sánchez G., *UNAM: de la rebelión silenciosa al Congreso*, 1990, pp. 69-72.

43 Entrevista con Carlos Imaz.

documento, el semestre escolar terminó para los alumnos de licenciatura y bachillerato de la UNAM. Si los distintos grupos de activistas no habían contactado a los estudiantes de cada plantel para discutir la propuesta del rector y sus costos para los estudiantes de la UNAM cuando podían haber sido localizados en sus respectivas instalaciones, tratar de hacerlo cuando estaban de vacaciones era una tarea imposible. Por si fuera poco, ese verano estuvo marcado por un hecho que atrajo la atención de buena parte de la población en México: el mundial de fútbol.

Unas semanas después de que terminara la Copa del Mundo y aún en vacaciones, el rector Carpizo presentó el 6 de septiembre de 1986 su proyecto de 26 reformas a diversos reglamentos y ordenamientos legales de la institución a diferentes comisiones del Consejo Universitario, convocando tan sólo tres días después al pleno del Consejo para que sesionara el 11 de ese mes y lo discutiera. Aun cuando era evidente la desventaja en la que se encontraban dentro de este órgano de gobierno, buena parte de los consejeros universitarios estudiantes que hasta entonces habían estado oponiéndose públicamente al rector mantuvieron su línea argumentativa durante toda la sesión. Para Imaz la lógica de asistir a este espacio era “ganar la argumentación, no la votación, la votación estaba perdida de antemano”.<sup>44</sup>

Una vez confirmado este hecho, el siguiente paso era claro para los consejeros estudiantiles opositores y la gente cercana a ellos: había que “ir a las escuelas a organizar la resistencia [...] ir a sacar representaciones en las escuelas, movilizar y convencer a los estudiantes... hacer agitación tradicional”.<sup>45</sup> Así que con esta idea en mente, el grupo de poco más de una docena de consejeros universitarios estudiantiles opositores convocó a una reunión de los principales grupos estudiantiles de aquella época.

La convocatoria tuvo eco y el 24 de septiembre de ese año, aún en vacaciones, los activistas de las principales masas críticas estudiantiles en la UNAM se reunieron en lo que se llamó la Primera

44 Entrevista con Carlos Imaz.

45 Entrevista con Imanol Ordorika.

Asamblea Universitaria. Marcados todos por la experiencia del sismo de 1985,<sup>46</sup> distintos grupos de activistas se dieron cita para discutir las reformas recién aprobadas y la estrategia por seguir para intentar derogarlas: estudiantes cercanos al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), comandados por Antonio Santos; miembros del grupo Convergencia Comunista 7 de enero (CC7), una escisión de la revista *Punto Crítico*, en donde se encontraban Carlos Imaz e Imanol Ordorika; miembros de la Corriente en Lucha por el Socialismo —antes conocido como Buró Político de Información (BIP)—, encabezados por Guadalupe *La Pita* Carrasco y Javier Fernández; activistas de la Unión por la Organización del Movimiento Estudiantil (UPOME); un segmento de activistas del CCH, liderado por Óscar Moreno y Jesús Ramírez Cuevas; así como pequeños colectivos de diferentes planteles, como el de Autogestión de la Facultad de Economía en el que se encontraba Alfredo Velarde.<sup>47</sup>

Si bien no hubo duda en cuanto a que tendrían que unir esfuerzos para organizar una oposición al proyecto de las autoridades, las diferencias comenzaron al tratar de definir cómo hacerlo. De acuerdo con Ordorika,

46 Este trágico evento tuvo por lo menos dos efectos contingentes dentro de las masas críticas estudiantiles de la UNAM. En primer lugar provocó la construcción involuntaria de redes sociales dentro de la institución, pues el contacto cotidiano de los estudiantes de diferentes planteles al contribuir a solucionar la crisis de ese momento hizo que establecieran vínculos e identidades que de otra forma hubiera sido mucho más complicado establecer. En segundo lugar, las labores de rescate y ayuda en los días posteriores al sismo del 17 de septiembre de 1985 transformaron la visión política de varios de los que después serían los miembros de la Corriente Histórica dentro del CEU. De acuerdo con Imaz, “en el terremoto hay una ruptura muy importante en muchos de nosotros que veníamos de esa izquierda social ideologizada, no veníamos de ningún paraíso, veníamos de esa misma historia donde te encuentras que en una brigada estás con un carpintero, estás con un médico, estás con un ingeniero, estás con un chavo desempleado, y lo que tienes es un objetivo común llevado al extremo que es combatir la muerte o salvar alguna vida, donde las cosas se ponderan de manera distinta, y donde las diferencias de los personajes aparecen como algo extraordinariamente poco importante en la vida y en la posibilidad de hacer cosas. Pero a ti te marca en otro sentido; es decir, las diferencias que uno ha estado significando tanto [refiriéndose al entendimiento de los conflictos sociales como una lucha de clases], resulta que en términos de causas comunes significan mucho menos cosas que lo que uno creía, y el discurso y el lenguaje que manejas es el lenguaje común” (entrevistas con Carlos Imaz y con Imanol Ordorika).

47 Entrevistas con Carlos Imaz e Imanol Ordorika.

había dos lógicas políticas desde ese momento. Por un lado el grupo encabezado por *La Pita* proponía un esquema muy tradicional, muy de resistencia, casi de pronunciamiento político más de dejar una posición fijada, y como de funcionar en agrupamientos de activistas, que eran las asambleas universitarias. Nosotros [refiriéndose a los miembros del CC7 y algunos integrantes del PRT] planteamos ahí la construcción del Consejo Estudiantil Universitario, de hacer a imagen y semejanza del CNH [de 1968] y del CEU de 1966 un organismo representativo de los estudiantes por escuela, no de los grupos políticos, elegidos en asamblea, con capacidad de movilización.<sup>48</sup>

Unos días más tarde, el 8 de octubre de ese año, el conjunto de activistas que proponía la creación de una organización estudiantil representativa triunfó en la Segunda Asamblea Universitaria, y para construirla se planteó un plan de acción con tres pasos clave: primero, acordaron que a partir del 20 de octubre —fecha en que comenzaban clases los alumnos del bachillerato de la UNAM— los miembros de las masas críticas ahí reunidas irían a los cinco planteles de CCH y los nueve de preparatorias para difundir en todos los espacios posibles las características de las reformas aprobadas; segundo, pactaron convocar a un mitin informativo en la explanada de Rectoría para el 27 de octubre, primer día de clases de licenciaturas, y aprovechar los siguientes cuatro días para difundir las reformas en las diferentes facultades y escuelas; tercero, la creación del CEU el 31 de octubre en un mitin masivo.

De esta forma, a partir del 20 de octubre los miembros de la mayoría de los grupos de activistas reunidos en las Primera y Segunda Asamblea Universitaria se lanzaron a los diferentes planteles del bachillerato de la UNAM con dos misiones: primero, informar a la población estudiantil sobre las reformas realizadas por el Consejo Universitario el 11 y 12 de septiembre, la forma en que habían

48 Entrevista con Imanol Ordorika. De acuerdo con Alfredo Velarde (en entrevista), la idea de replicar la estructura organizativa de los movimientos de 1966 y 1968 en buena medida se debe a la cercanía de los miembros del CC7 con Salvador Martínez della Rocca, activista en estos dos conflictos.

sido aprobadas, y, particularmente, sobre los efectos negativos que éstas acarrearían a los estudiantes;<sup>49</sup> segundo, contactar lo más rápido posible al mayor número de grupos de activistas establecidos en cada plantel, buscando aprovechar su presencia y experiencia dentro de su respectiva escuela, para que junto con las redes establecidas previamente por cada masa crítica se pudiera aumentar rápidamente la densidad de la mismas, tratando además de integrarlos al órgano central y coordinador que después sería el CEU.<sup>50</sup>

Así, el extenuante trabajo de difusión de las reformas y construcción de redes sociales de estas semanas vio sus primeros resultados el 31 de octubre, cuando el CEU fue formalmente constituido con la participación de representantes electos de 25 escuelas, en un mitin que congregó más de diez mil personas al lado de la Biblioteca Central. Unos días después, el 6 de noviembre el CEU demostraba su poder de convocatoria fuera de la propia UNAM, al lograr movilizar a veinte mil personas en la que se llamó la Marcha de las Antorchas. De esta forma, el CEU resolvió su dilema de acción colectiva y logró movilizar a cerca de treinta mil personas, rompiendo así con más de una década de inactividad estudiantil masiva dentro de la UNAM.

49 A lo largo de estas primeras semanas de clases la Rectoría de la UNAM siguió una estrategia similar a la de estas masas críticas estudiantiles, organizando foros y asambleas en los planteles de bachillerato para informar a los estudiantes de este nivel en qué consistían las 26 reformas y cómo los favorecerían. En muchos de estos foros hubo paneles combinados de miembros de Rectoría y de activistas estudiantiles. Después de que estos últimos revirtieran las asambleas en contra de los intereses de las autoridades en varias ocasiones, el rector optó por cancelar esta estrategia.

50 Vale la pena destacar que para incentivar aún más el surgimiento de activistas y la organización de la población en cada plantel, las masas críticas idearon un interesante sistema de participación, narrado de la siguiente forma por Carlos Imaz: "Lo que nosotros hicimos fue apostar siempre a la movilización. La única forma de detener la reforma era con una movilización masiva del sector estudiantil... las escuelas donde había activistas movilizados tenían un voto [en las asambleas generales]; las escuelas que ya habían hecho asamblea y habían elegido representantes tenían tres votos. Esto obligaba a los activistas a sacar la asamblea, no a simplemente ponerse de acuerdo entre ellos", Jorge Bravo, *op. cit.*, p. 117.

## El conflicto de 1991-1992

Al analizar el inicio de las protestas del CEU de 1991-1992, llama la atención la rapidez con que este movimiento estudiantil logró resolver su dilema de acción colectiva e iniciar las protestas masivas para oponerse al proyecto de reforma al RGP que el rector José Sarukhán impulsaba. El primer anuncio público que hizo la Rectoría respecto a que propondría al Consejo Universitario un incremento de cuotas en todos los niveles fue hecho el 13 de noviembre de 1991, y menos de un mes después el CEU realizó su primera marcha por las calles de la ciudad de México con una participación de alrededor de ocho mil personas.

Al igual que en 1986-1987, la velocidad para articular esta respuesta masiva radicó en la situación que la masa crítica y las redes sociales del CEU tenían al comienzo de este conflicto, lo que inevitablemente nos obliga a revisar lo ocurrido entre ambas ocasiones. Después de cinco años de haber sido creado, y en buena medida producto de haber logrado continuar con una vida relativamente institucionalizada a lo largo de este periodo, realizando reuniones mensuales en la que todas las corrientes seguían conservando un espacio de representación, para finales de 1991 el CEU se mantenía como la principal organización estudiantil dentro de la UNAM.<sup>51</sup> Aunque las divisiones en su interior se habían empezado a gestar desde el final mismo del conflicto de 1986-1987, la multiplicidad de grupos encontrados cinco años antes se habían reagrupado en tres masas críticas preponderantes —la Corriente Histórica, la Coordinadora Ceuista de Izquierda y la Tercera Fuerza— que seguían definiéndose como parte del CEU y respondiendo a la lógica planteada desde su comienzo.

La primera gran definición dentro del CEU se dio poco después del 10 de febrero de 1987, luego de que el Consejo Universitario aprobara la suspensión de las reformas al RGE, RGI y RGP, junto con la realización de un Congreso universitario cuyos resultados serían *asumidos* por el propio Consejo. Al momento de discutir si la ofer-

51 Entrevista con Adolfo Llubere.

ta era suficiente para levantar la huelga y concluir el conflicto estudiantil, hubo un fuerte enfrentamiento entre los miembros de la Corriente Histórica<sup>52</sup> y los integrantes de los Brigadistas.<sup>53</sup> Para los primeros, las concesiones hechas por las autoridades eran un triunfo rotundo para el movimiento,<sup>54</sup> mientras que para los segundos eran inaceptables pues no derogaban los reglamentos, el Congreso no era organizado por la propia comunidad universitaria y no quedaba claro si el término *asumir* garantizaba que las conclusiones del mismo serían tomadas como resoluciones por el Consejo. Después de varias ríspidas asambleas, el 17 de febrero de 1987 la Corriente Histórica logró que su postura triunfara y se levantara la huelga. Sin embargo la fractura interior fue insalvable.

A lo largo de los siguientes cuatro años la Corriente Histórica consolidó su hegemonía dentro del CEU; consiguió la mayoría de escaños estudiantiles para formar la Comisión Organizadora del Congreso Universitario (COCU), un buen porcentaje de los representantes estudiantiles en el Congreso de 1990, y la gran mayoría de los puestos de consejeros universitarios estudiantiles durante esta época,<sup>55</sup> y también realizó diversos foros políticos y culturales dentro de la UNAM.<sup>56</sup> De acuerdo con Adolfo Llubere, la Corriente Histórica “era como un

52 Esta corriente surgió a las pocas semanas de haber sido creado el CEU y en poco tiempo logró tener el control político de la organización bajo el liderazgo de Imaz, Ordorika y Santos (entrevistas con Carlos Imaz, Imanol Ordorika y Alfredo Velarde).

53 En buena medida, la creación de los brigadistas a partir de enero de 1987 es una respuesta de los grupos que no se integraron a la Corriente Histórica por diferencias políticas y que intentaban crear un contrapeso a la entonces corriente hegemónica, o lo que Velarde define como el “ala izquierda” de este conflicto. En ella se encontraban los miembros de En Lucha y colectivos de cada plantel como Autogestión de la Facultad de Economía (entrevista con Alfredo Velarde).

54 “Yo creo que era de tal magnitud la victoria, que no había punto de debate. Si tú veías punto por punto, tú dices ¿qué negociaron? Pues nada, en todos los puntos [las autoridades] se echaron para atrás” (entrevista con Carlos Imaz).

55 Para Adolfo Llubere el triunfo en las consejerías universitarias estudiantiles fue crucial para que el CEU pudiera seguir articulándose antes y durante el conflicto de 1991-1992. Al mantener una presencia importante dentro del Consejo Universitario no sólo tenían una correlación de fuerzas institucional favorable respecto a otras corrientes, sino también puentes de comunicación y resonancia en diferentes planteles (entrevista con Adolfo Llubere).

56 Fernando Belaunzarán (en entrevista) da una muestra de estas actividades: “llevamos a Lula da Silva en 1991, a Salvador Nava cuando estaba más duro el asunto de San Luis [el fraude electoral de 1991]. Discutimos la guerra del Golfo, donde fue el representante de la OLP y otros más”.

CEU al interior del CEU”, donde los representantes de cada plantel se reunían semanalmente para acordar “la estrategia, los puntos de vista, lo que íbamos a llevar a la plenaria [del CEU] y a la discusión en las escuelas”, manteniendo vigentes o renovando sus redes sociales en los diferentes planteles donde tenían presencia.<sup>57</sup>

De forma paralela, la Corriente Histórica logró realizar de forma exitosa una primera renovación generacional de sus bases y dirigentes. Así, el espacio dejado por Imaz, Ordorika y Santos con su salida en 1989 fue ocupado por una generación de activistas fogueados en el conflicto de 1986-1987 mientras estaban en el bachillerato, y que para 1991 ya habían ingresado a diferentes licenciaturas de la UNAM. Entonces, con cuatro años de experiencia previa, activistas como Óscar Moreno, Norma Ortega, Adrián Garza, Luis Alberto Alvarado, Adolfo Llubere y Fernando Belaunzarán tomaron la dirección de esta masa crítica.

Por su parte, el conjunto de organizaciones que conformaron los brigadistas durante las últimas semanas del conflicto de 1986-1987, empezaron a atomizarse poco después de que éste había concluido. Dado el carácter antielectoral de muchas de ellas —En Lucha es el ejemplo más representativo— no nombraron candidatos para la selección de los estudiantes que formarían parte de la COCU. Sin embargo, poco después de ver que la Corriente Histórica había sido la voz hegemónica dentro de este órgano, un sector de estas organizaciones decidió reagruparse para competir por los escaños estudiantiles que habría en el Congreso Universitario, creando en 1989 a la Coordinadora Ceuista de Izquierda.

Integrada por activistas como Alfredo Velarde, Guadalupe Carrasco, Mario Benítez, Leticia Contreras, Salvador Ferrer, Higinio Muñoz, Bolívar Huerta y Víctor Alejo, la Coordinadora logró realizar una extensa campaña de difusión de sus ideas antes de las elecciones, trabajo que le permitió tener una amplia presencia en el Congreso del siguiente año, marcando una posición claramente diferente a la de las otras corrientes estudiantiles. Aunque gracias a esto pudieron remontar buena parte de la hegemonía que la Co-

57 Entrevista con Adolfo Llubere.



riente Histórica había tenido hasta antes de 1990, una vez terminado el Congreso la Coordinadora dejó de existir formalmente. De cualquier forma, los vínculos creados entre los activistas que fueron parte de ella, así como el trabajo de construcción de redes antes y durante el Congreso, permitió que para finales de 1991 el conjunto de organizaciones que había sido parte de la Coordinadora se reagrupara rápidamente, retomando incluso el mismo nombre.

La segunda división interna se presentó en 1989, cuando un grupo de activistas miembros de la Corriente Histórica decidieron crear un nuevo grupo dentro del CEU para pelear por los lugares destinados a los estudiantes dentro del Congreso Universitario de 1990. Liderados por Ricardo Becerra, Martí Batres, Miroslava García y Marco Levario, este nuevo grupo adoptó el nombre de Corriente por la Reforma Universitaria (CRU). Sin embargo, una vez pasado el Congreso la CRU perdió buena parte de su base social lo que la obligó a desaparecer. Poco después de esta desaparición alguno de sus cuadros, como José Luis Cruz y Bolívar Huerta, decidieron juntarse con Martí Batres para crear la Tercera Fuerza.

Ésta era la situación que guardaban las diversas masas críticas del CEU y sus respectivas redes sociales cuando, a principios de noviembre de 1991, las autoridades de diferentes facultades e institutos comenzaron a incrementar las cuotas por colegiaturas y otros servicios escolares a los alumnos de posgrado. De inmediato los miembros del CEU declararon que los incrementos eran ilegales pues violaban lo establecido en el RGP y que además esto era el preámbulo para un aumento general de cuotas.

Lo importante aquí es que debido al mantenimiento y regeneración de sus redes a lo largo de los cuatro años previos, en 1991 la amplia capacidad de difusión del proyecto de reforma entre los estudiantes de diversos planteles y el gran potencial de organización y movilización que el CEU tenía en este momento, le permitió realizar su primera asamblea con miembros de treinta escuelas y facultades el 21 de noviembre, tan sólo ocho días después de que el secretario general confirmara públicamente que el rector pensaba presentar una reforma al RGP.<sup>58</sup>

58 Siguiendo una estrategia de incentivos organizativos parecida a la del CEU de 1986-1987, se

De la misma forma que la densidad de las redes sociales favoreció el rápido tránsito de las primeras etapas dentro del proceso para solucionar el dilema de acción colectiva hasta llegar a la asamblea recién descrita, estas características microestructurales también permitieron que el CEU terminara de resolver dicho dilema al movilizar ocho mil personas durante su primera marcha, tan sólo quince días después de la asamblea. En contraste con el conflicto de 1986-1987, en esta ocasión el CEU tuvo los elementos necesarios para iniciar rápidamente sus protestas masivas.

## El conflicto de 1997

El inicio de las protestas masivas en el conflicto de 1997 estuvo marcado por dos rasgos particulares. En primer lugar, a pesar de que las acciones colectivas comenzaron unos días antes de que el Consejo Universitario aprobara las reformas al RGE y el RGI el 9 de junio de 1997, el movimiento estudiantil resolvió su dilema de acción colectiva de forma relativamente tardía —el 29 de mayo del mismo año—, casi dos meses después de que el rector Francisco Barnés anunciara su intención de llevar a cabo las reformas. En segundo, aun cuando este dilema fue resuelto antes de que transcurriera la primera mitad del conflicto, el estado en que se encontraban las diversas masas críticas y redes sociales del movimiento estudiantil tan sólo le permitieron movilizar a unos pocos cientos de estudiantes durante los primeros cuatro meses del conflicto (450 personas), convirtiendo a éste en el arranque de protestas de un movimiento estudiantil que menor participación acumulada registró de los cuatro conflictos estudiados.<sup>59</sup>

---

decidió que cada uno de los 16 planteles que para esta primera asamblea ya habían electo a sus representantes tendrían cuatro votos, mientras que las 14 escuelas y facultades que aún no lo hacían tendrían un solo voto hasta que cumplieran estas condiciones (*La Jornada*, 22 de noviembre de 1991). De cualquier forma, aunque se repetía una estructura de incentivos para generar redes y organizar a las comunidades de cada plantel, el hecho de que a esta primera reunión asistieran miembro de 30 planteles indica que en muchos de ellos ya existían vínculos y una organización local prestablecida.

59 De hecho, no fue sino hasta el 25 de septiembre de ese año, cuando se realizaría la primera movilización que congregó a un par de miles de personas en protesta por dichas reformas, *La Jornada*, 26 de septiembre de 1997.

Al igual que en los conflictos de 1986-1987 y 1991-1992, la características que marcaron el inicio de las acciones colectivas de los grupos estudiantiles en 1997 fueron resultados de los cambios en las condiciones microestructurales que se gestaron durante los años previos a que comenzara el conflicto, provocando que para abril de 1997 el estado de las masas críticas y las redes sociales estudiantiles fuera muy parecido al del comienzo del conflicto de 1986: un conjunto de masas críticas pequeñas y atomizadas, sin que alguna tuviera clara hegemonía sobre las demás, cada una con un reducido número de redes sociales, desconectadas entre sí.

Este proceso de desarticulación comenzó con la fractura definitiva del CEU al final del conflicto de 1991-1992. De forma similar a lo ocurrido en febrero de 1987, a partir de los primeros días de julio de 1992 los diferentes grupos del CEU se vieron envueltos en un fuerte enfrentamiento en torno a si aceptar o no la oferta que el rector Sarukhán hacía para terminar el conflicto de aquel entonces: suspender la presentación del proyecto de reforma al RGP. Para la Corriente Histórica la oferta era suficientemente buena como para aceptarla y detener las movilizaciones que iban en ascenso, mientras que para los miembros de la Coordinadora las acciones colectivas debían mantenerse buscando conseguir la derogación definitiva de dicho reglamento.<sup>60</sup> De nueva cuenta la posición de la Corriente Histórica triunfó dentro de la organización estudiantil, pero esta vez las consecuencias fueron mucho más serias: el CEU desapareció como organización estudiantil única y representativa dentro de la UNAM, dejando a las diferentes corrientes estudiantiles enfrentadas y descoordinadas entre sí.

Lo interesante es que el proceso de desestructuración del movimiento estudiantil que comenzó con la desaparición del CEU en 1992 continuó durante los siguientes años en cada uno de los tres principales grupos estudiantiles que lo conformaban. En el caso de la Corriente Histórica, la hegemonía ganada dentro del movimiento

60 Según Adolfo Llubere (en entrevista) "el problema era incluso de semántica. Lo chingón hubiera sido que lo derogaran, pero nuestro mínimo era la suspensión [...] Si en 1987 no lograste la derogación sino un *impasse* y el Congreso, pues ahora [en 1992] el objetivo era pararlas y lo logramos".

estudiantil a partir del conflicto de 1986, y mantenida hasta 1992 gracias a la regeneración de sus dirigentes y redes, empezó a diluirse progresiva y crecientemente con el paso del tiempo. Aun cuando las actividades orgánicas y periódicas de la Corriente Histórica continuaron durante algunos años más después de la desaparición del CEU, manteniendo y regenerando una parte de sus bases y cuadros medios, el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en enero de 1994 cambió radicalmente sus objetivos, demandas y el sentido de su lucha en general.<sup>61</sup>

Como en muchas otras organizaciones sociales, la irrupción del EZLN inició una fuerte discusión en el seno de la Corriente Histórica en torno a cuál era la postura que debían asumir frente a esta organización disidente. Mientras que el subgrupo de activistas dirigido por Óscar Moreno e Inti Muñoz proponían que las acciones de la Corriente Histórica comenzaran a estructurarse a partir y en apoyo de las demandas del EZLN, el sector liderado por Adolfo Llubere, Gonzalo Badillo y, en cierta medida, Fernando Belaunzarán, planteaba que “la forma más adecuada de apoyar al movimiento zapatista era seguir manteniendo presencia del movimiento universitario con la problemática [demandas] de la Universidad”.<sup>62</sup>

Finalmente la primera postura triunfó, provocando que a partir de entonces y hasta 1997 buena parte de los esfuerzos organizativos y acciones de la mayoría de los miembros de la Corriente Histórica se enfocaran a apoyar las acciones del EZLN,<sup>63</sup> dejando en segundo

61 Rodrigo Figueroa (en entrevista) plantea que “el zapatismo nos seduce [refiriéndose a los miembros de la Corriente Histórica], nos enamora de tal forma que nosotros decidimos ir a dar la pelea de manera muy cercana a ellos”, y es entonces cuando “la Corriente Histórica... se muta en la Caravana Ricardo Pozas [donde] tuvieron cabida una multiplicidad de personas, de gente de todas las escuelas y facultades [...] La participación empezó a ser constante, decidida. Mucha gente dejó la escuela, no concluyó sus estudios porque estaba metida en el zapatismo”.

62 Entrevista con Adolfo Llubere.

63 El apoyo de Corriente Histórica no se limitó a recolectar alimentos y recursos para enviarlos a las comunidades zapatistas, sino que llegaron a ser parte de la seguridad del EZLN en la Convención Nacional Democrática de 1994, del Comité Organizador de la Consulta Zapatista de 1995, así como de la marcha por diferentes estados de la república de los 1111 zapatistas, entre otras muchas actividades (entrevistas con Fernando Belaunzarán, Rodrigo Figueroa y Adolfo Llubere).

plano los problemas y demandas de los estudiantes de la UNAM.<sup>64</sup> Según Llubere, “nuestro error ahí fue dejar de pensar en la Universidad, quizás porque no había ninguna demanda que lesionara de forma general a los universitarios. [Pero] sí había reformas en los planteles, problemáticas muy locales”.<sup>65</sup>

Si bien este cambio en la lógica de sus acciones les permitió mantener un conjunto de activistas y vínculos en diferentes planteles para articular las acciones de apoyo al EZLN, las redes sociales de la Corriente Histórica sufrieron dos cambios que, sin ser planeados, fueron trascendentales para explicar la desestructuración posterior de este grupo. Uno de ellos fue que sus redes dejaron de ser utilizadas para organizar protestas a partir de demandas estudiantiles en conflictos dentro de la propia UNAM, provocando, como segunda transformación, que las redes dejaran de ser regeneradas con el objeto de mantener la estructura de una organización estudiantil en la institución. Juntos, estos dos procesos provocaron que la presencia e importancia de la Corriente Histórica en los conflictos estudiantiles de cada escuela y facultad comenzara a ser cada vez menor.<sup>66</sup>

De cualquier forma, a mediados de 1995 los miembros de la Corriente Histórica que un año antes habían defendido la idea de mantener las acciones de su grupo dentro de la UNAM encontraron dos oportunidades para reiniciar su activismo dentro de la institución por demandas estudiantiles. La primera de ellas fue con el Movimiento de Estudiantes Excluidos de la Educación Media Superior y Superior (MEEEMS), surgido a raíz de la inconformidad de varios

64 Entre los resultados más significativos de este cambio en la estrategia de la Corriente Histórica se encuentra la pérdida de buena parte de los espacios destinados a los estudiantes dentro del Consejo Universitario y los diferentes Consejos de Área, llegando a tener tan sólo tres espacios en el máximo órgano de la institución a finales de 1997 (entrevista con Bolívar Huerta).

65 Entrevista con Adolfo Llubere.

66 “Se mantenía presencia a nivel de escuelas por el asunto del zapatismo, por la organización de conciertos y por La Bola [...] En términos de la discusión acerca de la Universidad, nosotros no estábamos proponiendo ni discutiendo nada. El CEM, que nace a partir del movimiento de excluidos de 1995 sí lo está haciendo [Sin embargo] en cada una de las escuelas, si alguien se le ocurría pensar en organización, movilización, dinámica y acción pensaban necesariamente en nosotros [...] Por lo tanto a veces no veíamos con claridad el hecho de estar perdiendo terrenos en términos de la discusión académica en la Universidad” (entrevista con Rodrigo Figueroa).

cientos estudiantes de bachillerato que no fueron aceptados en el concurso de selección de la UNAM durante ese año. La segunda, y que en cierta forma era una continuación del primer conflicto, fue el proyecto de reforma al plan de estudios de los CCH. Luego de gestar el acelerado inicio de una huelga en estos cinco planteles, el apoyo estudiantil al paro se fue diluyendo rápidamente, provocando que poco después de un mes y medio la huelga tuviera que ser levantada sin que los grupos estudiantiles logran frenar la transformación de los planes estudio.

Menciono estos dos conflictos de poca trascendencia para ilustrar tres elementos. Primero, si bien diversas organizaciones estudiantiles participaron en la huelga de los CCH, el hecho de que esta acción se haya organizado en menos de un mes fue producto de un acuerdo momentáneo dentro de la Corriente Histórica, gracias al cual pudieron dirigir sus recursos y redes a un conflicto estudiantil interno.<sup>67</sup> Segundo, el acelerado proceso de organización de esta huelga en realidad fue una estrategia contraproducente porque, al iniciar el paro antes de tiempo, no tuvieron los elementos organizativos y materiales suficientes para mantenerla por mucho tiempo. Tercero, la derrota de la Corriente Histórica en este conflicto, junto con el desgaste y desprestigio adquirido entre un sector de los estudiantes en los conflictos anteriores, mellaron profundamente la legitimidad que tuvo esta organización durante los conflictos de 1997 y 1999.<sup>68</sup>

Por si fuera poco, hay que agregar un último elemento al proceso de desarticulación de la Corriente Histórica: un segundo relevo generacional en 1996, esta vez lleno de dificultades y deficiencias. Poco después de que la huelga se viniera abajo en los CCH en diciembre de 1995, los activistas más renombrados y experimentados de

67 De acuerdo con Rodrigo Figueroa (en entrevista), la huelga en los CCH fue "la última patada de ahogado [de la Corriente Histórica] [...] En términos reales, yo creo que fue lo último que la Corriente hizo de manera conjunta, siendo un acuerdo que evidentemente se llevó [a cabo] entre los principales líderes".

68 Entrevistas con Fernando Belaunzarán, Rodrigo Figueroa y Adolfo Llubere. "El movimiento de 1995 es una derrota, no hay otra forma de verlo [por lo cual] entre la comunidad no hay un referente de lucha universitaria [...] Entonces la gente está sin claridad, sin la certeza de que es posible organizar cosas a nivel general. Empieza a ser más focalizado el asunto de las luchas [...] pero el hecho es que no hay una capacidad de unificar" (entrevista con Rodrigo Figueroa).

esta organización —Óscar Moreno, Fernando Belaunzarán y Adolfo Llubere— decidieron retirarse del movimiento estudiantil de la UNAM.<sup>69</sup> A diferencia de lo ocurrido en la renovación de 1989-1990, la falta de experiencias que “automáticamente” generaran un profundo proceso de renovación provocó que el número de candidatos potenciales fuera mucho menor en esta ocasión<sup>70</sup> y que los existentes no tuvieran una amplia experiencia en este tipo de disputas. Así que a partir de este momento Inti Muñoz y Bernardo Bolaños se convirtieron en las principales cabezas de la Corriente Histórica, acompañados, entre otros, por Rodrigo Figueroa y Carlos Chávez.

En resumen, para los primeros meses de 1997 la Corriente Histórica había dejado de ser una organización estudiantil pensada para actuar dentro de la UNAM a partir de demandas estudiantiles, y se convirtió entonces en una organización política de apoyo al EZLN, que sin renunciar totalmente a participar en los problemas de la propia Universidad, dejó en un segundo plano esta arena de acción política por la decisión de una parte de sus dirigentes. Su masa crítica no tenía una gran experiencia en conflictos estudiantiles y, hasta cierto punto, había dejado de identificarse con la tradición iniciada por sus antecesores dentro de la Corriente Histórica.<sup>71</sup> Sus redes habían perdido gran parte de la densidad anterior a 1992 y estaban estructuradas para funcionar con una lógica diferente a la de una organización estudiantil. Por si fuera poco, la Corriente Histórica atravesaba una crisis de legitimidad y credibilidad muy fuerte entre los estudiantes de la institución, a raíz de las decisiones tomadas en

69 “A partir de eso [la derrota de 1995] cada quien [refiriéndose a los principales activistas de la Corriente Histórica] se fue a su chamba, cada quien a su rollo, cada quien patas para abajo y después fue el acabóse [...] Claro, hay todavía equipos de apoyo para los zapatistas, y esos jalan, llaman a muchos de los que participaron en la Corriente Histórica, pero ya es otra perspectiva, totalmente dedicados al EZLN” (entrevista con Rodrigo Figueroa).

70 Aunque la ausencia de la renovación de cuadros en la Corriente Histórica fue especialmente clara a partir de 1995, Figueroa propone que en comparación con el trabajo realizado en otras organizaciones estudiantiles, éste siempre fue un problema para el grupo de los históricos (entrevista con Rodrigo Figueroa).

71 “Había una suerte de complicidad entre los que habíamos estado ahí [en la Corriente Histórica] y habíamos llegado por diferentes referencias. Creo que nadie reivindicaba tanto a la Corriente Histórica desde 1994 [...] la última etapa de la Corriente Histórica como tal fue en 1992” (entrevista con Rodrigo Figueroa).

los conflictos del MEEEMS y los CCH. Como consecuencia, después de casi ocho años de predominio, al comienzo del conflicto de 1997 la Corriente Histórica había perdido la hegemonía dentro del movimiento estudiantil de la UNAM.

De forma paralela a lo ocurrido dentro de la Corriente Histórica, la Coordinadora Ceuista de Izquierda también experimentó un intenso proceso de redefinición luego de la desaparición del CEU. Si bien es cierto que desde 1990 la Coordinadora había dejado de existir como tal, no fue sino hasta que el conflicto de 1992 terminó cuando los grupos que la integraban se atomizaron y descoordinaron completamente. Algunos de ellos desaparecieron del mapa político de la UNAM, otros —como En Lucha— decidieron mantener una presencia independiente aunque minoritaria dentro de la institución, y otros más decidieron construir nuevos grupos estudiantiles.

El principal ejemplo de este último tipo de organizaciones es el de la Coordinadora Estudiantil Metropolitana (CEM), dirigida en la UNAM por Higinio Muñoz y Marjorie González. Surgida después del conflicto del MEEEMS en 1995 por iniciativa de una red de activistas de diversas instituciones de nivel superior del área metropolitana de la ciudad de México, en un comienzo la CEM se erigió como un movimiento estudiantil que intentaba crear un frente común de protesta contra la reducción de las matrículas en diversas instituciones de nivel superior y el problema de los estudiantes rechazados en cada una de ellas.

Paradójicamente, mientras que para la Corriente Histórica las acciones de apoyo al EZLN habían provocado la transformación de sus demandas y la lógica de acción, alejándola de la UNAM, para la CEM las tareas ligadas al zapatismo fueron un elemento fundamental para contactar a estudiantes de ésta y otras instituciones que compartieran el objetivo arriba señalado. Y aunque las protestas que la CEM realizó durante 1995 y 1996 no contaron con el apoyo masivo de los estudiantes de la UNAM u otras instituciones metropolitanas, sí le permitieron ir construyendo vínculos y cuadros, así como adquirir experiencia política. De cualquier forma, debido al tipo de demandas que defendía y a su corta existencia, al comienzo del conflicto de 1997 las redes sociales de la CEM seguían siendo mucho más densas fuera de la UNAM que dentro de sus escuelas y facultades.



Ésta era la situación en que se encontraban las redes y los cuadros de las dos masas críticas estudiantiles más importantes de la época cuando el secretario general de la UNAM, Xavier Cortés Rocha, envió el 22 de mayo de 1997 el proyecto de reforma al RGE y RGI a los consejos técnicos y de área de la institución para su análisis y aprobación.<sup>72</sup> Tanto la Corriente Histórica como la CEM tenían serias dificultades estructurales para informar a los estudiantes de cada plantel respecto del tipo de reforma que quería impulsar el rector Francisco Barnés, así como para convocarlos a participar en acciones masivas de protesta. Si bien es cierto que la primera protesta masiva organizada por la CEM fue una semana después, el 29 de mayo, el aislamiento de esta organización con la Corriente Histórica y el débil estado de las redes sociales de ambas organizaciones se hizo evidente en la cantidad de personas que participaron: tan sólo 300. Aunque el dilema de acción colectiva había sido resuelto, los recursos con que en ese entonces contaban las masas críticas únicamente permitieron movilizar a unos pocos cientos de estudiantes.

Lo cierto es que como la experiencia del surgimiento del CEU en 1986 ilustra, las desventajas iniciales que la Corriente Histórica y la CEM enfrentaban en 1997 no eran *a priori* un impedimento insalvable para llegar a un acuerdo a partir del cual coordinar sus acciones, construir redes sociales rápidamente y resolver su dilema de acción colectiva para movilizar a miles de estudiantes. No obstante, dos elementos explican por qué esto no ocurrió.

El primero es que 1997 era un año electoral —la elección se realizó el 6 de julio— en el que además de renovarse la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, se elegía por primera vez al gobernante de la ciudad de México. Desde el comienzo de la campaña de Cuauhtémoc Cárdenas —candidato del partido de izquierda a la jefatura de gobierno—, uno de los elementos centrales de su

72 Si bien es cierto que desde el 8 de abril de ese año el rector Barnés había declarado que posiblemente iniciarían la discusión sobre los mecanismos de ingreso y permanencia en la UNAM, es decir la reforma al RGE y RGI, este tema fue dejado de lado durante más de un mes por la crisis generada dentro de la institución a raíz de la golpiza que varios estudiantes de la Preparatoria Popular Mártires de Tlateloco propiciaron a un estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras, *La Jornada*, 24 de abril de 1997.

estrategia de propaganda fue la creación de brigadas de jóvenes que difundieran por toda la ciudad sus propuestas. Conocidas como las Brigadas del Sol, estas células de trabajo fueron integradas desde enero de ese año por cientos de activistas y bases estudiantiles de la Corriente Histórica y de la CEM.<sup>73</sup> De forma contingente, la migración de activistas y cuadros a la campaña electoral de Cárdenas provocó que cuando estos dos grupos estudiantiles trataran de remontar las deficiencias organizativas con que habían llegado al inicio del conflicto, se enfrentaran con una dificultad no esperada: sus activistas y enlaces en diferentes planteles de la UNAM estaban fuera de la institución, dedicándose de tiempo completo a otra actividad que conforme se acercaba el día de la elección se volvía cada vez más demandante.

El segundo elemento que dificultó la tarea de superar el rezago organizativo con que la Corriente Histórica y la CEM habían llegado al inicio del conflicto de 1997 fueron las vacaciones de verano. De forma similar a lo ocurrido en 1986, el hecho de que las propuestas de reforma al RGE y al RGI fueran anunciadas y aprobadas cerca del final del semestre dificultaron enormemente las tareas de difusión de las medidas y movilización entre la comunidad estudiantil a los pocos activistas que aún quedaban en la institución. Para los últimos días de mayo todos los estudiantes de la UNAM estaban en exámenes finales o de vacaciones, por lo que la posibilidad de contactarlos en sus respectivos salones se había esfumado.<sup>74</sup>

Así, el proceso de desestructuración del movimiento estudiantil iniciado por las disputas internas de julio de 1992, que se agudizó a lo largo de los siguientes cinco años por dos eventos ajenos a la institución —el surgimiento del EZLN en 1994 y la campaña electoral de Cuauhtémoc Cárdenas en 1997—, permitieron que por primera

73 Por ejemplo, Óscar Moreno e Inti Muñoz —dos de los activistas más importantes de la Corriente Histórica durante estos años— eran los coordinadores de las Brigadas del Sol en los distritos 29 y 30 federales de la ciudad de México (entrevistas con Rodrigo Figueroa y Carlos Chávez).

74 Esta circunstancia fue públicamente reconocida por varios integrantes de la CEM en la asamblea del 29 de mayo de 1997 en la Facultad de Ciencias (*La Jornada*, 30 de mayo de 1997). De cualquier forma, después de que estas dos coyunturas pasaron la actividad del movimiento estudiantil aumentó tanto en frecuencia como en participación y violencia.

vez en más de treinta años un rector lograra reformar un reglamento general dentro de la UNAM sin que tener que derogarlo a los pocos meses por presiones estudiantiles.

## El conflicto de 1999-2000

Es sumamente llamativo que después del tardío y poco respaldado inicio de las protestas en el conflicto de 1997, la situación haya sido radicalmente diferente tan sólo dos años después. No sólo porque en el conflicto estudiantil de 1999-2000 los grupos estudiantiles resolvieron el dilema de acción colectiva más rápido que en cualquiera de los otros tres conflictos estudiados, sino también porque es el conflicto en el que el movimiento estudiantil logró movilizar a la mayor cantidad de personas en su primera protesta (casi quince mil). ¿Qué elementos explican este contraste en tan poco tiempo?

En principio, la derrota de 1997 fue un llamado de atención muy importante para todos los grupos estudiantiles de la UNAM. Para los miembros de la Corriente Histórica esta experiencia significó la cristalización de un proceso de desestructuración que se había gestado durante los últimos cinco años, convirtiéndose en un claro indicador de que la hegemonía que habían gozado por casi una década se había esfumado. Asimismo, lo ocurrido en 1997 mandó una clara señal a la CEM, la recién creada Red de Estudiantes Universitarios (REU), En Lucha, y muchos otros pequeños grupos, de que el espacio político que por años había ocupado la Corriente Histórica ahora estaba disponible, y que podía ser ganado con mucha mayor facilidad que en el pasado. De esta forma, la experiencia de 1997 fue un impulso para que cada uno de los grupos estudiantiles iniciara, reiniciara o continuara un proceso de construcción de alianzas y redes sociales en todos los planteles de la UNAM.

En el caso de la Corriente Histórica, la difícil situación que su masa crítica y redes sociales tenían antes y durante el conflicto de 1997, sufrió un nuevo golpe a finales de ese año. Con el triunfo de Cárdenas en la ciudad de México, muchos de los activistas más experimentados que aún quedaban dentro de la UNAM, o que mante-

nían cierta cercanía con el movimiento estudiantil, se incorporaron al gobierno de la ciudad,<sup>75</sup> obligando a un nuevo relevo generacional en condiciones aún más precarias que las de 1996. Fue así como, a partir de finales de 1998, estudiantes recién ingresados al CCH y con muy poca experiencia en conflictos estudiantiles, como Rodrigo Figueroa, Carlos Chávez y Lizette Jacinto, tomaron la dirigencia de esta corriente.

De acuerdo con Rodrigo Figueroa “los que entramos estábamos prácticamente solos en la batalla [...] en 1997 no había nada [refiriéndose a una estructura organizativa], y entonces empezamos a construir, a construir, a construir”.<sup>76</sup> Desde el CCH Sur y la Facultad de Filosofía y Letras, los dos últimos bastiones de esta organización, la estrategia de la Corriente Histórica durante este año y medio fue reconstruir los vínculos perdidos y crear nuevos cuadros. De esta forma, para tratar de reestructurar su organización en los cinco CCH se lanzaron a la tarea de crear un consejo general de representantes de los estudiantes de estos planteles, y a contactar a grupos de estudiantes de las diferentes preparatorias que quisieran integrarse a la Corriente Histórica.<sup>77</sup>

De cualquier forma, como el mismo Figueroa reconoce

en 1999 seguíamos firmando como CEU [refiriéndose al nombre común de la Corriente Histórica], [pero] eran más las ganas de revivir a un fantasma que la realidad política que vivíamos [...] Los demás grupos estaban más consolidados, mucho más consolidados [...] Para 1999 no teníamos una corriente orgánica, no había reuniones periódicas. Fue una suerte de empezar a juntarnos, de empezar a platicar [...] Digamos que ante lo trascendental de [la reforma de] 1999 otra vez confluimos, pero bueno, desde una perspectiva muy obligada; nos vimos obligados de pronto a juntarnos con algunas gentes que identificábamos, pero con los que no teníamos un trabajo muy sólido de discusión, de organización.<sup>78</sup>

75 “La corriente que hegemonizó aquel movimiento [refiriéndose al de 1986-1987] tuvo continuidad en la política universitaria durante los años subsecuentes, protagonizando la mayoría de los momentos estelares hasta 1997, año en que el triunfo del PRD en la ciudad de México provocó un éxodo considerable de activistas de dicha corriente hacia posiciones importantes del gobierno y el partido”, Fernando Belaunzarán, s.f., pp. 127-128.

76 Entrevista con Rodrigo Figueroa.

77 Entrevista con Carlos Chávez.

78 Entrevista con Rodrigo Figueroa.

Por su parte, la CEM mantuvo el trabajo de construcción de cuadros que había iniciado en 1995, organizando a estudiantes de diferentes planteles en torno a “la cuestión de los rechazados, los conciertos para Chiapas y pequeñas luchas locales [...] Nosotros nos fuimos a prepas a buscar chavos entre los consejeros técnicos, los consejeros universitarios y jefes de grupo. Les dábamos cursos, talleres”.<sup>79</sup> Su trabajo en este año y medio fue tal que Figueroa, miembro de la Corriente Histórica, reconoce que la CEM era “la corriente mayoritaria en 1999 en términos reales, y eso creo que ni ellos lo sabían. Al principio del movimiento estudiantil tenían presencia en más escuelas que cualquiera de las [otras] corrientes”.<sup>80</sup>

De forma paralela, muchas de las organizaciones más radicales del movimiento estudiantil de la UNAM que durante un largo periodo prefirieron mantenerse aisladas, decidieron crear el Bloque Universitario de Izquierdas (BUI) en 1998. El objetivo era construir un polo que agrupara a una serie de pequeños colectivos hasta entonces marginados de la toma de decisiones y dirección de los últimos conflictos estudiantiles en la institución. Conformada en su mayoría por los miembros de dos fracciones específicas, En Lucha y el Partido Obrero Socialista (POS), el BUI incluyó también a las pequeñas células que durante la huelga de 1999-2000 pelearían constantemente entre ellas el título de “ultras”.<sup>81</sup> Aunque por la naturaleza de sus posturas políticas el BUI no realizó un trabajo de construcción de bases y redes muy significativo dentro de la UNAM en estos años, sus principales líderes —Javier Fernández, Guadalupe Carrasco, Salvador Ferrer y Leticia Contreras— tenían una amplia experiencia en los conflictos estudiantiles de la institución, ya que muchos de ellos incluso habían sido protagonistas desde 1986-1987, dentro de los Brigadistas.

Una segunda organización surgida poco después de que terminara el conflicto de 1997 fue la Red de Estudiantes Universitarios (REU, también conocida como Red). Constituida como tal poco antes

79 Entrevista con Marjorie González.

80 Entrevista con Rodrigo Figueroa.

81 Entrevista con Mario Benítez.

de las elecciones para consejeros universitarios de octubre y noviembre de ese mismo año, la Red basó su estrategia de acción e interlocución en agrupar a la mayoría de los consejeros universitarios y técnicos estudiantiles de ese entonces. A partir de este coto de poder la corriente dirigida por Bolívar Huerta y José Luis Cruz —antiguos miembros de la Coordinadora Ceuista de 1990 y activistas con una larga trayectoria dentro de la UNAM— comenzó a organizar foros de discusión en los planteles que tenía presencia, en torno a los diversos problemas que desde su punto de vista la UNAM enfrentaba. Estos espacios de análisis permitieron que la Red creara cuadros políticos y vínculos no sólo en algunas de las facultades históricamente más activas, como Ciencias y Filosofía y Letras, sino que gracias a una postura considerada incluso más moderada que la de la Corriente Histórica por sus opositores, lograron atraer e involucrar a estudiantes de planteles tradicionalmente apolíticos, como Contaduría, Derecho, Ingeniería y Veterinaria.<sup>82</sup>

Así, aun actuando de forma aislada y poco visible a lo largo de 1998, cuando el 4 de febrero de 1999 el rector Barnés anunció públicamente que su oficina estaba analizando diferentes propuestas para aumentar las cuotas dentro de la UNAM, cada uno de estos cuatro grupos estudiantiles había logrado reposicionarse políticamente dentro de la institución, construyendo o aumentando sus redes sociales y reclutando a nuevos activistas en muchos de sus planteles. Estas circunstancias permitieron que, incluso sin saber claramente en qué consistiría la reforma al RGP, cada una de las masas críticas de la CEM, la Corriente Histórica y la Red, con sus respectivas redes sociales, iniciaran de inmediato la discusión del tema de la gratuidad de la educación en los planteles donde tenían bases.<sup>83</sup>

Más aún, un día después de que el rector presentara su proyecto de reforma al RGP ante el Consejo Universitario el 11 de febrero

82 En algo rara vez visto en los conflictos estudiantiles de la UNAM, varios de los miembros del equipo de fútbol americano de la UNAM que estudiaban en las facultades de Ingeniería y Derecho se integraron a la Red, e incluso participaron activamente en los primeros meses de huelga del CGH (entrevista con Bolívar Huerta).

83 *La Jornada*, 9 de febrero de 1999; entrevistas con Carlos Chávez, Rodrigo Figueroa, Bolívar Huerta y Marjorie González.

se realizó la primera reunión de activistas de estas tres corrientes, logrando de inmediato consensuar la necesidad de actuar conjuntamente para oponerse al proyecto de las autoridades.<sup>84</sup> El 13 de febrero se llevó a cabo la primera asamblea con convocatoria abierta, donde la CEM, la Corriente Histórica y la Red acordaron públicamente actuar de forma conjunta contra una posible reforma. A partir de este momento las tres organizaciones intensificaron el proceso de difusión de forma coordinada del contenido de la reforma propuesta por el rector, mientras que los activistas del BUI siguieron haciendo lo propio aisladamente.

Esta separación inicial en las acciones desapareció cuando las cuatro masas críticas realizaron la primera reunión general de la Asamblea Estudiantil Universitaria (AEU) el 19 de febrero, organización que después se convertiría en el Consejo General de Huelga (CGH). Ahí estas cuatro corrientes estudiantiles decidieron realizar una nueva asamblea estudiantil el 24 de febrero para impulsar un plan de acción contra las reformas junto con los académicos y trabajadores, convocar a la primera marcha de la AEU un día después de esta última asamblea, así como bloquear la Torre de Rectoría para impedir cualquier llamado a sesión del Consejo Universitario donde se quisieran aprobar las reformas. De esta forma, el 25 de febrero, tan sólo 24 días después de que el rector Barnés anunciara su intención de aumentar las cuotas estudiantiles, la AEU logró convocar a más de quince mil personas en su primera marcha del parque de la Bombilla a Ciudad Universitaria, resolviendo así su dilema de acción colectiva.

## CONCLUSIONES

Aunque surgidos por motivos similares, los cuatro conflictos estudiantiles que irrumpieron en la vida académica, política y social de la UNAM durante las últimas dos décadas del siglo XX tuvieron marcadas diferencias tanto en el *timing* con que iniciaron sus protestas

84 Entrevista con Bolívar Huerta.

masivas, como en el nivel de participación con que lo hicieron. Más allá de las motivaciones personales y las circunstancias estructurales de cada caso, las diferencias registradas en cada conflicto se deben a la situación que guardaban las redes sociales de los diversos movimientos estudiantiles antes de que iniciara cada conflicto.

En los casos en que las redes sociales eran numerosas y estaban diversificadas a lo largo de los planteles de la UNAM, como el CEU de 1991-1992 y el CGH de 1999-2000, el dilema de acción colectiva no sólo se resolvió rápidamente sino que permitió movilizar grandes contingentes de estudiantes. En cambio, para las organizaciones estudiantiles que tuvieron pocos vínculos y estaban concentrados en un número limitado de planteles antes de que comenzara el conflicto, como el CEU de 1986-1987 y el movimiento estudiantil de 1997, la solución del dilema de acción colectiva y el comienzo de sus protestas fue mucho más lento. De cualquier forma, los datos de 1986-1987 muestran que la baja densidad inicial en las redes sociales de una organización no necesariamente es irreversible, y que esta situación puede ser transformada a lo largo de un conflicto.

Si bien es cierto que la densidad de estos vínculos al principio de cada conflicto fue producto de las acciones que los propios activistas estudiantiles realizaron para generarlos, también lo es que estas redes fueron transformándose con el paso de los años debido a los efectos que diversos procesos —dentro y fuera de la UNAM— tuvieron sobre ellas. Los relevos generacionales, los ciclos escolares de la UNAM, el sismo de 1985, la irrupción de nuevos actores políticos de la izquierda institucional —como el Frente Democrático Nacional en 1988 y la campaña electoral de Cuauhtémoc Cárdenas en 1997— y no institucional —como el EZLN en 1994— favorecieron o perjudicaron las características de estos vínculos estudiantiles fundamentales.



## BIBLIOGRAFÍA

### Fuentes Primarias

#### *Entrevistas personales*

*Fernando Belaunzarán*, México D.F., 6 de marzo de 2003.

*Carlos Chávez*, México D.F., 9 de junio de 2003.

*Imanol Ordorika*, México D.F., 1 de julio de 2003.

*Funcionario de Rectoría*, México D.F., 3 de julio de 2003.

*Marjorie González*, México D.F., 7 de julio de 2003.

*Activista Estudiantil Anónimo*, México D.F., 10 de julio de 2003.

*Adolfo Llubere*, México D.F., 22 de julio de 2003.

*Ignacio Marván*, México D.F., 8 de agosto de 2003.

*Bolívar Huerta*, México D.F., 11 de agosto de 2003.

*Carlos Imaz*, México D.F., 5 de agosto de 2003.

*Rodrigo Figueroa*, México D.F., 19 de agosto de 2003.

*Cristina Puga*, México D.F., 22 de agosto de 2003.

*Alfredo Velarde*, México D.F., 26 de agosto de 2003.

*José Sarukhán*, México D.F., 27 de agosto de 2003.

*Carlos Barros*, México D.F., 3 de septiembre de 2003.

*Mario Benítez*, México D.F., 4 de septiembre de 2003.

#### *Periódicos*

*La Jornada* (agosto 1986-marzo 1987; noviembre 1991-julio 1992; abril-diciembre 1997; febrero 1999-marzo 2000).

### Fuentes secundarias

Álvarez Mendiola, Germán “El conflicto en la Universidad Nacional Autónoma de México de 1986-1987”, tesis de maestría en Educación, México, Departamento de Investigación Educativa-Instituto Politécnico Nacional, 1991.

Belaunzarán, Fernando (s.f.), “Reconstruir y reorganizar el movimiento”, en *Versus*, núms. 2-3, México, pp. 125-132.

- Bravo, Jorge, “El pase automático en la UNAM y la lógica del movimiento estudiantil de 1986-1987”, tesis de licenciatura en Administración Pública, México, El Colegio de México, 1997.
- Ceceña, Ana Esther, “Para una arqueología de los nuevos movimientos sociales”, en Enrique Rajchenberg y Carlos Fazio (comps.), *UNAM. Presente... ¿y futuro?*, México, Plaza y Janés, 2000, pp. 49-158.
- Ceja Velásquez, María Luisa, “El movimiento estudiantil en la UNAM (1986-1987): o de cómo ganamos y perdimos el Congreso”, tesis de licenciatura en Sociología, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.
- Cisneros Sosa, Armando, *Crítica de los movimientos sociales. Debate sobre la modernidad, la democracia y la igualdad social*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Miguel Ángel Porrúa, 2001.
- Collier, David, “The comparative method: Two decades of change”, en Dankwart A. Rustow y Kenneth Paul Erickson (edits.), *Comparative political dynamics: Global research perspectives*, Nueva York, Harper Collins, 1991, pp. 13-31.
- Elster, Jon, *Tuercas y tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de ciencias sociales*, Barcelona, Gedisa, 1996.
- Estrada Ortiz, Josefina, “El CEU desde la base, 1986-1987: reportaje”, tesis de licenciatura en Ciencias de la Comunicación, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.
- Gamson, William A. y David S. Meyer, “Framing political opportunity”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (edits.), *Comparative perspectives on social movement: Political opportunities, mobilizing structures, and cultural framings* Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 275-290.
- Garrido, Luis Javier, “El movimiento estudiantil de 1999-2000 en la UNAM”, en Enrique Rajchenberg y Carlos Fazio (comps.), *UNAM. Presente... ¿y futuro?*, México, Plaza y Janés, 2000, pp. 181-209.
- Gilly, Adolfo, *Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*, México, Era, 1997.
- González Casanova, Pablo, *La universidad necesaria en el siglo XXI*, México, Era, 2001.
- González Ruiz, José Enrique, *Diario de la huelga rebelde*, México, Ediciones ¡Uníos!, 2000.

- Guevara Niebla, Gilberto, *La democracia en la calle. Crónica del movimiento estudiantil mexicano*, México, Siglo XXI/Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, 1998 [segunda edición].
- Gurr, Ted y Will H. Moore, “Ethnopolitical rebellion: A cross-sectional analysis of the 1980s with risk assessments for the 1990s”, en *American Journal of Political Science*, vol. 41, núm. 4, Midwest Political Science Association, octubre de 1997, pp. 1079-1103.
- Hardin, Russell, *Collective action*, Washington D.C., The John Hopkins University Press-Rossurces for the Future, 1982.
- Hedström, Peter y Richard Swedberg, *Social mechanisms. An analytical approach to social theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- Hernández Monzoy, Andira, “Las mujeres en la política mexicana de los noventa: el caso de las Agrupaciones Políticas Nacionales de Mujeres”, tesis de licenciatura en Ciencia Política y Relaciones Internacionales, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), 2000.
- Ibarra Rosales, Esther, “El Consejo Estudiantil Universitario o la fe errática de la democracia: una visión periodística”, tesis de licenciatura en Ciencias de la Comunicación, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Kriesi, Hanspeter, “The organizational structure of new social movements in a political context”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer Zald (edits.), *Comparative perspectives on social movements. Political Opportunities, mobilizing structures, and cultural framings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 152-184.
- Lichbach, Mark I., *The rebel's dilemma*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1994.
- López Zárate, Romualdo, *El financiamiento a la educación superior, 1982-1994*, México, Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES), 1996.
- Marsiske, Renate (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 1, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, 1999.
- Marwell, Gerald y Pamela Oliver, *The critical mass in collective action. A Micro-social theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

- McAdam, Doug, “Conceptual origins, current problems, future direction”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer Zald (eds.), *Comparative perspectives on social movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 23-40.
- McAdam, Doug, John D. McCarthy y Mayer Zald (eds.), *Comparative perspectives on social movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- McAdam, Doug, John D. McCarthy y Mayer Zald, “Introduction: Opportunities, mobilizing structures, and framing processes —toward a synthetic, comparative perspective on social movements”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer Zald (eds.), *Comparative perspectives on social movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 1-22.
- McAdam, Doug, *Political process and the development of Black insurgency, 1930-1970*, Chicago, The University of Chicago Press, 1982.
- McAdam, Doug, Sydney Tarrow y Charles Tilly (eds.), *Dynamics of contention*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- McCarthy, John D., “Constraints and opportunities in adopting, adapting, and inventing”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer Zald (eds.), *Comparative perspectives on social movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 141-151.
- Mendoza Rojas, Javier, *Los conflictos de la UNAM en el siglo XX*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, 2001.
- Mendoza Rojas, Javier, Pablo Latapí Sarre y Roberto Rodríguez (comps.), *La UNAM. El debate pendiente*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, 2001.
- Monsiváis, Carlos, *Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza*, México, Era, 1987.
- Mora, Juan Miguel de, *CEU vs. UNAM. ¿La hora del neofascismo?*, México, Edamex, 1987.
- Moreno, Hortensia y Carlos Amador, *UNAM. La huelga del fin del mundo. Voces para un diálogo aplazado. Entrevistas y documentos*, México, Planeta, 1999.
- Olson, Mancur, *The logic of collective action. Public goods and the theory of groups*, Cambridge, Harvard University Press, 1965.

- Ordorika Sacristán, Imanol y Brian Pusser “Bringing political theory to university governance: The University of California and the Universidad Nacional Autónoma de México”, en *Higher Education, Handbook of Theory and Research*, vol. 16, Agathon Press, 2001, pp. 147-194.
- Ordorika Sacristán, Imanol, “Power, politics, and change in higher education (The case of the National Autonomous University of Mexico)”, tesis de doctorado en Educación, Stanford, California, Universidad de Stanford, 1999.
- Pérez Arriaga, Marco Antonio, “Movimientos sociales de fin de siglo: el Consejo General de Huelga de la UNAM, 1999-2000”, tesis de licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.
- Pérez Nieto, Arnoldo “Relación entre izquierda partidista y movimiento estudiantil: 1968-1988”, tesis de licenciatura en Sociología, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.
- Petras, James, *Neoliberalismo en América Latina. La izquierda devuelve el golpe*, Buenos Aires, Homo Sapiens Ediciones, 1997.
- Porta, Donatella della y Mario Oiani “Social movements and the state: Thoughts on the policing of protest”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer Zald (eds.), *Comparative perspectives on social movements. Political opportunities, mobilizing structures, and cultural framings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 62-92.
- Porta, Donatella della y Mario Oiani, *Social movements. An introduction*, Oxford, Blackwell Publishers, 1999.
- Rajchenberg, Enrique y Carlos Fazio, “Prólogo”, en Enrique Rajchenberg y Carlos Fazio (comps.), *UNAM. Presente... ¿y futuro?*, México, Plaza y Janés, 2000, pp. 9-13.
- Ramírez Mercado, Manuel, “Identidad y representación: análisis comparativo de acciones colectivas (el movimiento de huelga universitaria en la UNAM, 1999-2000)”, tesis de maestría en Estudios Políticos y Sociales, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.
- Ramírez, Arturo, *Palabra de CGH. El testimonio de los huelguistas*, México, Ediciones del Milenio, 2000.

- Río Zolezzi, José Manuel del, “El financiamiento de las universidades públicas en México”, trabajo final de la materia Historia Económica de México, Centro de Investigaciones y Docencia Económica (CIDE), 1999.
- Rivas Ontiveros, René y Hugo Sánchez G., *UNAM: de la rebelión silenciosa al Congreso*, México, El Día, 1990.
- Rucht, Dieter, “The impact of national contexts on social movements structures: A cross-movement and cross-national comparison”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer Zald (eds.), *Comparative perspectives on social movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 185-204.
- Ruiz Massieu, Mario, *El cambio en la Universidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Dirección General de Planeación, 1987.
- Santos, Antonio, “México: el movimiento estudiantil universitario de 1986-1987”, en *Críticas de la Economía Política*, núm. 31, México, El Caballito, 1987.
- Sheridan, Guillermo, *Allá en el campus grande*, México, Tusquets, 2000.
- Sotelo Valencia, Adrián, *Neoliberalismo y educación. La huelga en la UNAM a finales de siglo*, México, El Caballito, 2000.
- Stewart, Charles J., Craig Allen Smith y Robert E. Denton Jr., *Persuasion and social movements*, Prospect Heights, Waveland Press, 1994.
- Tarrow, Sydney, “States opportunities: The political structuring of social movements”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer Zald (eds.), *Comparative perspectives on social movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 41-61.
- Trejo Delarbre, Raúl, *El secuestro de la UNAM*, México, Cal y Arena, 2000.
- Woldenberg, José, *Revolución y Congreso en la UNAM*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.
- Zald, Mayer N., “Culture, ideology and strategic framing”, en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer Zald (eds.), *Comparative perspectives on social movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 261-274.
- Zermeño, Sergio, “La universidad de todos”, en Enrique Rajchenberg y Carlos Fazio (comps.), *UNAM. Presente... ¿y futuro?*, México, Plaza y Janés, 2000, pp. 243-252.